

Capítulo 23 – La guerra contra ti mismo.

Introducción.

Comenté antes que los Capítulos 20 al 22 eran un interludio entre el material difícil en los Capítulos 15 al 19 y los capítulos que comenzaremos

a ver ahora. En muchas de sus grandes tragedias, Shakespeare incluyó lo

que se conoce como un alivio cómico, como en el portero borracho y el sepulturero, escenas de Macbeth y Hamlet. Si bien los Capítulos 20 a 22

difícilmente pueden caracterizarse como cómicos, sirven para aliviar la tensión creciente de nuestra sinfonía, como también fue el caso en las obras

de Shakespeare. Uno encuentra un dispositivo similar en muchas óperas

dramáticamente intensas, donde el compositor puede introducir un episodio

musical ligero que permite brevemente a los oyentes recuperar el aliento

antes de que la tragedia progrese a su inevitable desenlace. En cierto sentido, esto es lo que encontramos en los tres capítulos anteriores, que son

preparatorio para las discusiones abrasadoras del sistema de pensamiento

del ego que vienen en este y los capítulos siguientes.

Muy a principios del texto (T-1.VII.4-5), Jesús dijo que este era un curso de

entrenamiento mental, y que las secciones posteriores del texto contienen

temas que podrían ser más traumáticos que beatíficos si los estudiantes no

estaban preparados. Estaba hablando específicamente de los pasajes que

trataban de hacer-carse a Dios y Su Amor, sin embargo, es obvio por nuestro viaje que uno no puede acercarse a la luz sin primero ir a través de

la oscuridad. Ya hemos examinado algún material difícil que describía el

especialismo odioso del ego, como el uso del cuerpo con el propósito de atacar, el canibalismo y el asesinato, y nuestros últimos tres capítulos en su mayor parte carecían de estos detalles sangrientos del ego. Nos desalentaremos, tal vez, al descubrir que no llegamos tan lejos con este material como habíamos pensado. Veremos "Las leyes del caos", probablemente el tratamiento más profundo del Curso sobre el sistema de pensamiento brutalmente loco del ego, seguido de la descripción en el Capítulo 24 de la traición del especialismo. Es como si en estos capítulos precedentes Jesús deseaba proporcionarnos un espacio suave antes de conducirnos aún más profundamente en las horribles profundidades del mundo de la culpa y el asesinato del ego. La pieza central del Capítulo 23 – el cual, dado su poder, es curiosamente uno de los capítulos más breves del texto – es "Las leyes del caos". Estas cinco leyes resumen gráficamente el sistema de pensamiento del ego de diferencias. De esta creencia en la separación surge la guerra que libramos contra Dios, específicamente descrita en la segunda y tercera leyes. Estas, dicho sea de paso, son una incisiva acusación al concepto tradicional en Occidente de lo Divino, y aunque esta no es la primera vez que Jesús hace esto, lo que encontramos aquí son probablemente las declaraciones más directas de todas. Exponen la locura del sistema de pensamiento bíblico, paradójicamente la fuente de su continua popularidad, ya que refuerza nuestras propias creencias locas en el especialismo. Esta guerra basada en el pecado contra Dios es demasiado intolerable para mantenerla en la

conciencia, y entonces la reprimimos y proyectamos, librando una guerra contra todos y contra todo en las relaciones especiales que constituyen la cuarta y quinta leyes del caos. En el corazón de estas leyes del especialismo se encuentra el principio ahora familiar de uno u otro: si queremos alcanzar la paz y la inocencia que deseamos tener, alguien debe pagar el precio por nuestro pecado.

Finalmente, volveremos a consultar el gráfico (ver Apéndice) a medida que avanzamos en este movimiento de nuestra sinfonía. Lo que se describe allí se basa en gran medida en el capítulo actual: la creencia de la mente en la separación que es el fundamento del ego y que lo protege del Espíritu Santo y Su Expiación. Dado este estado, la mente se convierte en un campo de batalla en el que libramos una guerra contra Dios, una situación que exige defendernos de una muerte segura proyectando el campo de batalla y declarando guerra en el mundo.

La Expiación.

Comenzamos con una nota más ligera, con la Introducción del capítulo. Es

útil ver pasajes como estos en el contexto de la respuesta del ego (que se

muestra en el cuadro de la mentalidad-errada en el gráfico) a este gentil y

claro contenido que contiene las reconfortantes palabras de aliento de Jesús:

(In.1) ¿No te das cuenta de que lo opuesto a la flaqueza y a la debilidad

es la impecabilidad? La inocencia es fuerza, y nada más lo es. Los que están libres de pecado no pueden temer. La demostración de fuerza de la que el ataque se quiere valer para encubrir la flaqueza no logra ocultarla, pues, ¿cómo se iba a poder ocultar lo que no es real? Nadie

que tenga un enemigo es fuerte, y nadie puede atacar a menos que tenga un enemigo. Creer en enemigos es, por lo tanto, creer en la debilidad, y lo que es débil no es la Voluntad de Dios. Y al oponerse a ésta, es el “enemigo” de Dios. Y así, se teme a Dios, al considerársele una voluntad contraria,

Esto expone la mentira del sistema de pensamiento de separación del ego,

que se basa en el pensamiento de que atacamos con éxito el Cielo y nos fuimos con el botín de la creación, dejando que Dios pereciera ante nuestro poder. El pecado se concibe como todopoderoso, habiendo establecido una guerra en la que Dios es el enemigo, empeñado en destruir a Su Hijo: “Un padre iracundo persigue a su hijo culpable. Mata o te matarán ...” (M17.7:10-11). De hecho, todo nuestro mundo, cósmico e individual, se basa en esta suposición de fuerza, ocultando la debilidad de un yo pecador que no es rival para el asombroso y destructivo poder de Dios. Sin embargo, cuando elegimos la humildad en lugar de la arrogancia del ego, eliminamos su premisa básica del pecado, dejando solo la verdad de nuestra grandeza en Cristo – “Sé humilde ante Él [Dios], y, sin embargo, grande en Él” (T15.IV.3:1) – la cual permanece totalmente inalterada a pesar del sistema de pensamiento de separación y ataque del ego.

(In.2) ¡Qué extraña se vuelve en verdad esta guerra contra ti mismo! No podrás sino creer que todo aquello de lo que te vales para los fines del pecado puede herirte y convertirse en tu enemigo. Y lucharás contra ello y tratarás de debilitarlo por esa razón, y creyendo haberlo logrado, atacarás de nuevo. Es tan seguro que tendrás miedo de lo que atacas como que amarás lo que percibes libre de pecado. Todo aquel que recorre con inocencia el camino que el amor le muestra, camina en paz. Pues el amor camina a su lado, resguardándolo del miedo. Y lo único que ve son seres inocentes, incapaces de atacar.

Tememos a aquellos a quienes atacamos porque creemos, en palabras de un movimiento anterior en nuestra sinfonía, que nuestras proyecciones de pecado vayan a retornar y a hacernos daño (T-7.VIII.3:10-11). Siempre estamos defendiéndonos contra este ataque percibido, estableciendo el círculo vicioso de ataque-defensa (L-pl.153.1-3) a partir del cual no hay descanso. Por otro lado, cuando elegimos la Expiación del Espíritu Santo, reconocemos la impecabilidad inherente del Hijo de Dios en quien el ataque es imposible. Los reflejos del amor del Cielo llenan nuestras mentes cuando miramos hacia afuera (la proyección da lugar a la percepción) y vemos solo lo que está libre de pecado, donde el ego hasta ahora había visto el pecado – el de otro, no el nuestro. Entonces, ¿dónde está el miedo cuando el pecado ha desaparecido? Libre de con-flicto, solo la paz es nuestra compañera mientras viajamos juntos a casa para encontrarnos con nuestro Dios. (In.3:1-4) Camina gloriosamente, con la cabeza en alto, y no temas ningún mal. Los inocentes se encuentran a salvo porque comparten su inocencia. No ven nada que sea nocivo, pues su conciencia de la libertad libera a todas las cosas de la ilusión de la nocividad. Y lo que parecía nocivo resplandece ahora en la inocencia de ellos, liberado del pecado y del miedo, y felizmente de vuelta en los brazos del amor. Aquellos que comparten la inocencia están a salvo porque no están en guerra. La inocencia que el ego nos hizo creer y codiciar no se comparte. De hecho, la tenemos porque la tomamos de otros, acentuando nuestras diferencias. La verdadera inocencia, por otro lado, es la misma para todos, que es otra forma de decir que refleja el principio de Expiación de que la separación nunca ocurrió: nuestra Unidad como Cristo, uno con la Unidad

viviente de Dios, nunca ha sido atacada o comprometida. Cuando aceptamos esta verdad, la mente es sanada gozosamente de su creencia errónea en el pecado y el miedo, y vemos y percibimos solo amor o peticiones de amor: la visión de la inocencia que es la herencia del Hijo de Dios.

Ahora leemos el llamado del Espíritu Santo a nosotros en el instante original, de que no nos dejemos influenciar por la historia de separación del

ego - pecado, culpa, pérdida de la inocencia y la consiguiente necesidad de

protegernos para recuperar nuestra inocencia a expensas de otro:

(In.3:5-8) Los inocentes comparten la fortaleza del amor porque vieron la inocencia. Y todo error desapareció porque no lo vieron. Quien busca la gloria la halla donde ésta se encuentra. ¿Y dónde podría encontrarse sino en los que son inocentes?

La fuerza del amor radica en su unión indivisible, ya que solo el pecado ilusorio de la separación puede debilitar al Hijo de Dios. Su inocencia, nacida de la gloria del Padre, no puede verse afectada por errores que nunca

abandonaron su fuente en el sistema de pensamiento de la nada del ego. De

hecho, la idea de la inocencia nunca ha abandonado su fuente: la Inocencia

Misma.

(In.4:1-4) No permitas que las pequeñas interferencias te arrastren a la pequeñez. La culpabilidad no ejerce ninguna atracción en el estado de inocencia. ¡Piensa cuán feliz es el mundo por el que caminas con la verdad a tu lado! No renuncies a ese mundo de libertad por un anhelo de aparente pecado, ni por el más leve destello de atracción que pueda

ejercer la culpabilidad.

El tomador de decisiones del Hijo separado se enfrentó a la interpretación

llena de culpa del ego de la diminuta y alocada idea, a la que el Espíritu

Santo respondió: "No te dejes seducir por el relato del ego sobre individualidad y libertad, ni atraído por un anhelo de aparente pecado. Ellos

te llevan a la pequeñez – las "pequeñas interferencias" – que son una defensa contra la gloriosa verdad de Quién tú eres como el perfecto Hijo de Dios". La pequeñez del ego o la grandeza de Cristo siguen siendo las únicas alternativas entre las que podemos elegir. Todas las demás decisiones se encuentran dentro de esta: Cielo o infierno, inocencia o culpa, salvación o esclavitud.

(In.4:5) ¿Despreciarías el Cielo por causa de esas insignificantes distracciones?

Ya conocemos nuestra respuesta. Como el llamado del Espíritu Santo se repite continuamente porque el tiempo no es lineal, simplemente revivimos – una y otra vez – el instante ontológico en el que intentamos silenciar Su

Voz y escuchar solo la del ego, pensando que el universo espacio/temporal

es nuestro hogar. Sin embargo, la Palabra de Expiación que el Espíritu Santo nos dijo al principio resuena en nuestras mentes a lo largo del tiempo, repetidas en las palabras de Jesús aquí que nos llaman a elegir de nuevo.

(In.4:6-8) Tu destino y tu propósito se encuentran mucho más allá de ellas, en un lugar nítido donde no existe la pequeñez. Tu propósito no se aviene con ninguna clase de pequeñez. De ahí que no se avenga con el pecado.

Jesús vuelve nuevamente a su tema del propósito, refiriéndose al propósito

último del Hijo en el Cielo. Esta función de la creación se refleja en el perdón y la curación, el destino que trasciende a los pequeños amigos del pecado y el ataque del ego.

(In.5:1-4) No permitamos que la pequeñez haga caer al Hijo de Dios en la tentación. Su gloria está más allá de toda pequeñez, al ser tan inconmensurable e intemporal como la eternidad. No dejes que el tiempo enturbie tu visión de él. No lo dejes solo y atemorizado en su

tentación, sino ayúdalo a que la supere y a que perciba la luz de la que forma parte.

Más adelante veremos en "Por encima del campo de batalla" que Jesús nos

pide que nos elevemos con él por encima del mundo del ego, mirando y

sonriendo en lugar de hacerlo real a través de nuestra seriedad. La suya es la

Llamada del Espíritu Santo que nos advierte de ser engañados por la pequeñez del sistema de pensamiento de separación del ego, marcada por

sus ofrendas de pecado, sacrificio y muerte – todo proyectado en un mundo

de tiempo y espacio. Esta locura ya no es lo que queremos, porque felizmente resistimos la tentación del ego que nos aleja de la gloria y la

grandeza del Ser. Nuestra respuesta equivocada al principio, fue que rechazamos la grandeza de Cristo porque no queríamos perder el especialismo que comenzaba a surgir en nuestra conciencia. Nos apartamos

de nuestra Identidad y permitimos que el ego desarrollara su estrategia de la

ausencia de la mente, asegurándose de que nunca rescindiríamos la decisión

original de la mente por el ego. "¡Que la paz ponga fin a semejantes necedades!" (L-pl.190.4:1), escuchamos a Jesús decírnoslo ahora, en palabras que finalmente nos ayudan a decidir por la gloria en lugar de la

pequeñez.

(In.5:5-7) Tu inocencia alumbrará el camino a la suya, y así la tuya quedará protegida y se mantendrá en tu conciencia. Pues, ¿quién puede

reconocer su gloria y al mismo tiempo percibir lo pequeño y lo débil en sí mismo? ¿Quién puede caminar temblando de miedo por un mundo temible, y percatarse de que la gloria del Cielo refulge en él?

Jesús apela a la cordura en lugar de la locura del ego, pidiéndonos que apelemos a la de nuestro hermano al mismo tiempo. De hecho, la forma de

volver a la cordura de nuestra inocencia es verla en todo lo que nos rodea.

Pero cuando estamos en nuestras mentes erradas, esta visión es aterradora ya que preferimos la locura del pecado que separa a los Hijos de Dios de la gloria de la inocencia que nos une. El miedo luego dicta que ataquemos la Expiación, sosteniendo la insignificante falta de perdón de los demás y de nosotros mismos. Esta necesidad de estar protegido de la corrección del Espíritu Santo es el tema de nuestra próxima sección. El miedo del ego a la Expiación. (I.1:1-2) El recuerdo de Dios aflora en la mente que está serena. No puede venir allí donde hay conflicto, pues una mente en pugna consigo misma no puede recordar la mansedumbre eterna. Estas importantes frases nos llevan al corazón de Un Curso de Milagros. Estamos aterrorizados por el recuerdo de Dios porque no queremos recordar que somos una parte unificada de Su Unidad viviente: "... no hay ningún lugar en el que el Padre acabe y el Hijo comience como algo separado" (Lpl.132.12:4). No hay consciencia individual o conciencia en la Deidad, razón por la cual elegimos continuamente en contra de recordar nuestra Fuente. Si la declaración "El recuerdo de Dios aflora en la mente que está serena" es cierta, entonces la respuesta del ego es obvia: la mente del Hijo nunca debe estar serena. Una vez llena con los estridentes chillidos de odio, la exaltación de triunfar sobre Dios es seguida rápidamente por el horrible pensamiento de que Dios haría lo mismo con él. El Hijo está plagado con el devastador recordatorio de que él destruyó el Cielo, y como resultado, estará en un interminable conflicto con su Creador. Esta, entonces, es nuestra guerra: el yo asediado por una proyección de sí mismo.

Para continuar, el propósito del conflicto en la mente y el cuerpo, con sus preocupaciones concomitantes, es mantener la mente en un estado perpetuo de intranquilidad, de modo que el recuerdo de Dios no pueda volverse consciente. Cuando nos disgustamos por cualquier cosa, independientemente de su aparente fuente – sea trivial o importante – nunca es por la razón que creemos (L-pl.5). La causa de todo disgusto es que no queremos el recuerdo de Dios que aflora en la mente que está serena. Para llevar esto un paso más allá, Un Curso de Milagros enseña que la forma en que recordamos a Dios es ver el rostro de Cristo en nuestros hermanos, el significado de perdonar. Dado que lo último que queremos es recordar a Dios y Su dulzura por miedo a desaparecer en Su Corazón, desterramos Su recuerdo poniendo nuestras mentes en la confusión de una guerra perpetua. Hacemos un mundo como un campo de batalla en el que estamos enfrentados con todos. Vivir felizmente entre miles de millones de fragmentos, nos da la posibilidad de que elijamos nuestros enemigos – algunos pequeños, como los microorganismos; algunos grandes, como el homo sapiens. Sin embargo, estas diferencias no importan, porque el contenido de defenderse contra la serenidad es el mismo para todas las formas de falta de perdón. Necesitamos entender que nuestras experiencias aquí tienen un propósito. Nada pasa por casualidad, porque estos son nuestros sueños. Freud enseñó hace más de un siglo que los sueños son la realización de nuestros deseos. Jesús extiende esto a los sueños individuales que llamamos nuestras vidas,

viéndolos como una satisfacción del deseo del ego de mantener oculto el recuerdo de Dios al mantenernos en conflicto. Nos dice que estamos en guerra con Dios, un pensamiento tan intolerable que lo reprimimos y lo proyectamos, dando lugar a un mundo en el que el conflicto es la regla, no la excepción. Sin embargo, elegimos no dejar el campo de batalla porque deseamos emerger victoriosos, y una de las mejores formas es perder. Piensa de nuevo en "El rugido del ratón" de Peter Sellers, una ingeniosa presentación del plan de una pequeña nación para perder una guerra y cosechar los beneficios de la derrota, triunfando así al final sobre el enemigo más poderoso. A nivel individual, ganamos cuando somos víctimas, ya que la gente siente lástima por las víctimas y culpa a los demás para que ya no seamos considerados responsables de nuestro miserable destino.

(I.1:3-6) Los medios de la guerra no son los medios de la paz, y lo que recuerda el belicoso no es amor. Si no se atribuye valor a la creencia en la victoria, la guerra sería imposible. Si estás en conflicto, eso quiere decir que crees que el ego tiene el poder de salir triunfante. ¿Por qué otra razón sino te ibas a identificar con él?

El ego sale claramente victorioso en su sueño. Después de todo, existimos como seres separados porque destruimos a Dios y crucificamos a Su Hijo, y nuestras vidas físicas dan un testimonio "viviente" de que hemos logrado lo imposible: sustituir con el miedo al amor y con la guerra a la paz.

(I.1:7-8) Seguramente te habrás percatado de que el ego está en pugna con Dios. Que el ego no tiene enemigo alguno, es cierto.

El ego cree que está en guerra con Dios; pero en verdad no hay enemigo. El

Dios verdadero (por encima de la línea negra continua del gráfico) no sabe

nada de toda esta locura. Es simplemente el Dios del ego con Quien tenemos una batalla, lo que significa que el ego está en guerra solo consigo

mismo; de ahí el título del capítulo: "La guerra contra ti mismo".

(I.1:9) Mas es igualmente cierto que cree firmemente tener un enemigo

al que necesita vencer, y que lo logrará.

Leemos en otra parte que "el mundo se fabricó como un acto de agresión

contra Dios" (L-III.3.2:1), y esto es una prueba de que destruimos nuestra

Fuente, porque no hay evidencia de Su Presencia en el mundo. El Dios Creador no puede vivir en la ilusión, aunque el Dios ego sin duda puede

hacerlo. De hecho, el mundo separado del conflicto es su hogar.

(I.2:1-5) ¿No te das cuenta de que una guerra contra ti mismo sería una

guerra contra Dios? Y en una guerra así, ¿es concebible la victoria? Si lo fuese, ¿la desearías? La muerte de Dios, de ser posible, significaría tu

muerte. ¿Qué clase de victoria sería ésa?

Esta no es la primera vez que Jesús hace este tipo de preguntas. Las vimos

en el Capítulo 16 (T-16.V.10.1) y se encuentran implícitas en otros lugares.

Él nos está ayudando a comprender que nuestras relaciones especiales son

intentos de demostrar nuestra victoria sobre Dios, y una en la que la mente

correcta no desearía creer. No obstante, lo creemos. "¿Por qué, entonces",

pregunta Jesús, "eliges creer en ilusiones cuando son la causa de toda tu

miseria, culminando en la muerte?"

(I.2:6-7) El ego marcha siempre hacia la derrota porque cree que puede

vencerte. Dios, no obstante, sabe que eso no es posible.

Unas sencillas palabras que para el ego se encuentran entre las más exasperantes del Curso: "Y Dios, no obstante, sabe que eso no es posible".

Dios no sabe nada del sistema de pensamiento del ego, la peor afrenta de

todas. Él ni siquiera sabe acerca de los locos libros firmados con Su Nombre. En otras palabras, Dios literalmente no sabe nada sobre nada, porque el mundo dualista de conflicto, guerra y triunfo no existe – excepto

en sueños que están fuera de la Mente que está despierta en la Suya. (I.2:8-12) Eso no es una guerra, sino una descabellada creencia de que es posible atacar y derrotar la Voluntad de Dios. Te puedes identificar con esta creencia, pero jamás dejará de ser una locura. Y el miedo reinará en la locura, y parecerá haber reemplazado al amor allí. Éste es el propósito del conflicto. Y para aquellos que creen que es posible, los medios parecen ser reales.

El propósito del conflicto es reemplazar el amor por el miedo y hacer que el

miedo de la mente sea tan terriblemente real que necesitemos un mundo de

conflicto para defendernos de él. La guerra que creemos que libramos contra Dios, y su sombra – la guerra que libramos contra el mundo – es una

locura. Sin embargo, para nosotros todo parece muy real, pero sólo porque

la vemos como el medio para hacer real la separación, así como la existencia separada que proviene de ella.

(I.3) Ten por seguro que no es posible que Dios y el ego, o tú y el ego jamás os podáis encontrar. En apariencia lo hacéis y formáis extrañas alianzas basándoos en premisas que no tienen sentido. Pues vuestras creencias convergen en el cuerpo, al que el ego ha elegido como su hogar y tú consideras que es el tuyo. Vuestro punto de encuentro es un error: un error en cómo te consideras a ti mismo. El ego se une a la ilusión de ti que tú compartes con él. Las ilusiones, no obstante, no pueden unirse. Son todas lo mismo, y no son nada. Su unión está basada en la nada, pues dos de ellas están tan desprovistas de sentido como una o mil. El ego no se une a nada. Y la victoria que anhela está tan desprovista de sentido como él mismo.

Este pasaje expresa claramente la cualidad de todo o nada de nuestro curso

no-dualista. El Todo de Dios y la nada del ego no pueden coexistir. No hay

término medio que pueda comprometer la perfecta Unidad. Solo en los

sueños puede ocurrir lo imposible, y los sueños del mundo proporcionan los aparentes testigos de que la verdad y la ilusión son reales, como se ve en muchas religiones en las que Dios y el ego, el espíritu y la materia, se dice que interactúan. Recuerda esta declaración anterior: "La Biblia dice: "El Verbo (o pensamiento) se hizo carne". Estrictamente hablando, eso es imposible, puesto que parece implicar que un orden de la realidad pasó a ser otro. Los distintos órdenes de realidad... tan sólo dan la impresión de existir" (T-8.VII.7:1-3). No solo es absurda la guerra contra Dios, una deidad que hace la guerra o que percibe un mundo de maldad es igualmente absurdo. La totalidad permanece total, la plenitud permanece plena, la unidad permanece una. En el mundo de ilusiones, los cuerpos existen y se hacen la guerra entre sí. Dios, no obstante, sabe que eso no es posible, porque no sabe de cuerpos, y mucho menos de separación, pecado y guerra. (I.4:7-9) El Hijo de Dios en guerra contra su Creador es una condición tan ridícula como lo sería la naturaleza rugiéndole iracunda al viento, proclamando que él ya no forma parte de ella. ¿Cómo iba a poder la naturaleza decretar esto y hacer que fuese verdad? Del mismo modo, no es a ti a quien le corresponde decidir qué es lo que forma parte de ti y qué es lo que debe mantenerse aparte. Jesús se burla gentilmente de nosotros por creer en nuestro estado de separación. Quiere que entendamos que el universo, junto con nuestras experiencias aquí son simplemente defensas caprichosas contra la creencia de que estamos en guerra con Dios, un pensamiento inconcebible, si es que alguna vez hubo uno. Aún más ridículo es que no sólo lo creemos, sino que hemos creado el universo para defendernos de este pensamiento y luego nos olvidamos que nosotros lo hemos hecho. Dado que nuestras vidas individuales han derivado significado de esta loca serie de defensas,

humildemente reconocemos esta locura y así nos ayudamos, al mirar las vidas que nos hemos tomado muy en serio, dándonos cuenta de la necedad que es su fuente y el propósito absurdo al que ha servido el mundo de los cuerpos.

(I.5:1-2) Esta guerra contra ti mismo se emprendió para enseñarle al Hijo de Dios que él no es quien realmente es, y que no es el Hijo de su Padre. A tal fin, debe borrar de su memoria el recuerdo de su Padre. El principio de Expiación, que nos recuerda que somos niños de Dios y no

niños separados del ego, está enterrado en nuestras mentes por la horrible

historia del pecado, la culpa y el miedo, la antítesis del Pensamiento del

Espíritu Santo de amor y unidad. El mundo fue creado para proteger y preservar el mito del ego de separación, el cual parece borrar de la memoria

al Dios Que es nuestro Creador y Fuente.

(I.5:3) En la vida corporal dicho recuerdo se olvida, y si piensas que eres un cuerpo, creerás haberlo olvidado.

Una declaración aterradora en el manual dice: "No creas que Él se ha olvidado" (M-17.7:4). Nosotros tratamos desesperadamente de creer que

Dios ha olvidado nuestro pecado, y como el pecado permanece en la mente,

siempre debemos defendernos contra el horrible pensamiento de que Dios

un día romperá nuestras defensas y nos destruirá. Al olvidar nuestro pecado,

mágicamente esperamos que Dios también lo olvide. Pero el ego nunca nos

dejará olvidar verdaderamente la venganza maníaca de su loco Dios, porque

nuestro miedo es lo que nos impulsa a permanecer sin mentes, "seguros y a

salvo" en el loco mundo corporal de las relaciones especiales.

(I.5:4-5) Mas la verdad nunca puede olvidarse de sí misma, y tú no has olvidado lo que eres. Sólo una extraña ilusión de ti mismo, un deseo de

derrotar lo que eres, es lo que no se acuerda.

La parte de nosotros que no recuerda lo que somos piensa que estamos

alojados en un cuerpo, un yo físico y psicológico que es ajeno a la mente.

No obstante, el recuerdo de nuestro verdadero Ser permanece esperando el

regreso de nuestra mente tomadora de decisiones desde el enloquecedor

mundo del triunfo y la muerte a la cordura de nuestra vida eterna en Dios.

(I.6:1-5) La guerra contra ti mismo no es más que una batalla entre dos ilusiones que luchan para diferenciarse la una de la otra, creyendo que la que triunfe será la verdadera. No existe conflicto alguno entre ellas y la verdad. Ni tampoco son ellas diferentes entre sí. Ninguna de las dos es verdad. Por lo tanto, no importa qué forma adopten.

Hemos discutido el tema de forma y contenido muchas veces antes.

Esta

batalla entre nosotros y Dios está entre dos versiones ilusorias de nosotros

mismos: la víctima inocente y el victimario pecaminoso. El Dios del ego,

que en el mundo Occidental es la deidad bíblica, es la proyección de la parte asesina de nosotros mismos que no queremos ver, y no tiene nada que

ver con el verdadero Creador. Por lo tanto, no importa si las ilusiones toman

la forma del (falso) creador del universo o la nada que pensamos que somos. Ambas imágenes son inventadas ya que su contenido de separación

es irreal.

(I.6:6-9) Lo que las engendró es una locura y no pueden sino seguir formando parte de ello. La locura no representa ninguna amenaza contra la realidad ni ejerce influencia alguna sobre ella. Las ilusiones no pueden vencer a la verdad ni suponer una amenaza para ella en absoluto. Y la realidad que niegan no forma parte de ellas.

Esta es una variación del principio de Expiación que establece que, a pesar

de nuestra creencia, lo que nunca sucedió no tuvo ningún efecto: "... no se

perdió ni una sola nota del himno Celestial". Dios no puede conocer lo que no existe, un pensamiento exasperante para nuestros egos. Nos sentimos mucho más cómodos con el Dios bíblico de especialismo, Quien, aunque se enoja, perdona, odia, ama y venga el pecado, aun así, con amor cuenta los cabellos de nuestra cabeza. Este es un Dios Que nos presta atención y reconoce nuestra existencia, en contraposición al Dios de Un Curso de Milagros Que no conoce la separación, el pecado, ni nuestra identidad individual. Para repetir, el mundo que vemos no es más que una defensa contra la inexistente guerra en la mente que elegimos hacer realidad, una ilusión en la que Dios y nuestro Ser no tienen parte.

(I.7) Lo que tú recuerdas forma parte de ti. Pues no puedes sino ser tal como Dios te creó. La verdad no lucha contra las ilusiones ni las ilusiones luchan contra la verdad. Las ilusiones sólo luchan entre ellas. Al estar fragmentadas, fragmentan a su vez. Pero la verdad es indivisible y se encuentra mucho más allá de su limitado alcance. Recordarás lo que sabes cuándo hayas comprendido que no puedes estar en conflicto. Una ilusión acerca de ti mismo puede luchar contra otra, mas la guerra entre dos ilusiones es un estado en el que nada ocurre. No hay vencedor ni victoria. Y la verdad se alza radiante, más allá del conflicto, intacta y serena en la paz de Dios.

Nuestros egos ciertamente no aprecian esa última línea. Sus salvajes imaginaciones, por el contrario, al haber un conflicto entre ilusiones no nos pueden conducir a la verdad de que seguimos siendo tal como Dios nos creó. Este es el gran miedo del ego a la Expiación, el cual no se ocupa de ilusiones específicas ni de las guerras entre ellas. Su preocupación es solo con la creencia de la mente en ellas. Por eso el Espíritu Santo nos enseña a recordar la verdad sobre nosotros mismos a medida que aprendemos a olvidar el clamoroso sistema de pensamiento de ataque y conflicto, victoria

y derrota, sin darle a su naturaleza ilusoria poder para cambiar nuestro Ser.

Al haber sido creados en el silencio del Cielo, es en el silencio del perdón

que recordamos nuestra creación.

(I.9) ¡Observa cómo desaparece el conflicto que existe entre las ilusiones cuando se lleva ante la verdad! Pues sólo parece real si lo ves como una guerra entre verdades conflictivas, en la que la vencedora es la más cierta, la más real y la que derrota a la ilusión que era menos real, que al ser vencida se convierte en una ilusión. Así pues, el conflicto

es la elección entre dos ilusiones, una a la que se coronará como real, y

la otra que será derrotada y despreciada. En esta situación el Padre jamás podrá ser recordado. Sin embargo, no hay ilusión que pueda invadir Su hogar y alejarlo de lo que Él ama eternamente. Y lo que Él ama no puede sino estar eternamente sereno y en paz porque es Su Hogar.

El propósito de todo conflicto es evitar que recordemos a Dios. Estas importantes líneas nos recuerdan que nuestra Fuente nunca será recordada

en un campo de batalla, razón por la cual la vida aquí está tan cargada de

conflicto. Siempre estamos en conflicto – con el medio ambiente, con las

"leyes naturales" del cuerpo, por no decir con las personas que nos rodean.

Todo esto tiene un propósito porque en el campo de batalla, ya sea en el

mundo o en la mente, Dios está olvidado. Sin embargo, cuando con el amor

de Jesús a nuestro lado, miramos la locura del ego – las diversas formas de

nuestras relaciones especiales – y sólo podemos sonreír ante la estupidez de

haber creído en las ilusiones. En la apacible calma del perdón, la paz de

Dios alborea en nuestras mentes, al haber llevado las ilusiones pasadas a la

verdad, más allá del infierno del ego hacia el Cielo que es nuestro hogar.

(I.10) Tú, Su Hijo bien amado, no eres una ilusión, puesto que eres tan real y tan santo como Él. La quietud de tu certeza acerca de Él y de ti mismo es el hogar de Ambos, donde moráis como uno solo y no como entes separados. Abre la puerta a Su santísimo hogar y deja que el perdón elimine todo vestigio de la creencia en el pecado, la cual priva a

Dios de Su hogar y a Su Hijo con Él. No eres un extraño en la casa de Dios. Dale la bienvenida a tu hermano al hogar donde Dios Mismo lo ubicó en serenidad y en paz, y donde mora con él. Las ilusiones no tienen cabida allí donde mora el amor, pues éste te protege de todo lo que no es verdad. Moras en una paz tan ilimitada como la de Aquel que

la creó, y a aquellos que quieren recordarlo a Él se les da todo. El Espíritu Santo vela Su hogar, seguro de que la paz de éste jamás se puede perturbar.

El miedo del ego a la Expiación nace de su verdad: el Hijo de Dios nunca

ha abandonado su hogar. Este hecho nos abraza en la ilusión, consolando

nuestras mentes culpables en la paz que nos protege de los sueños de dolor

y muerte. El perdón nos despierta de estas pesadillas, y es la razón por la

que nuestro yo separado se aferra al juicio como un escudo que aleja la

verdad del amor. En el sistema delirante del ego, el conflicto es la salvación, mientras que la Expiación es el enemigo que debe evitarse, o

derrotarse con el odio. Estas afirmaciones del ego en sentido contrario – una

locura sigue siendo una locura – no tienen efecto sobre la verdad de que las

Ideas no abandonan su Fuente. Reflejando esta realidad volvemos, junto

con nuestros hermanos, al amor indiviso que nunca nos abandonó.

(I.11) ¿Cómo iba a ser posible que el santuario de Dios se volviese contra sí mismo y tratase de subyugar al que allí mora? Piensa en lo que ocurre cuando la morada de Dios se percibe a sí misma como

dividida: el altar desaparece, la luz se vuelve tenue y el templo del santísimo se convierte en la morada del pecado. Y todo se olvida, salvo las ilusiones. Las ilusiones pueden estar en conflicto porque sus formas son diferentes. Y batallan únicamente para establecer qué forma es real.

Somos el lugar de descanso de Dios, y siendo el único Hijo de Dios, permanecemos en Su estado natural de Unidad. La separación es el estado antinatural, como lo es el mundo que surgió de ella. En consecuencia, nunca han existido. Sin embargo, creemos que los recordamos y actuamos como si fueran la realidad y Dios la ilusión. El pensamiento delirante de un Dios iracundo está encerrado en las bóvedas de la memoria de la mente como un hecho que buscamos reforzar con un mundo en conflicto consigo mismo y con nosotros mismos. Felizmente, sin embargo, más allá de todos ellos sigue siendo el templo del Dios viviente, inmaculado e indiviso, conservado en nuestra mente correcta a través de la Expiación del Espíritu Santo que el ego teme algún día será elegida en lugar de él.

(I.12) Las ilusiones encuentran ilusiones; la verdad se encuentra a sí misma. El encuentro de las ilusiones conduce a la guerra. Mas la paz se extiende a sí misma al contemplarse a sí misma. La guerra es la condición en la que el miedo nace, crece e intenta dominarlo todo. La paz es el estado donde mora el amor donde busca compartirse a sí mismo. La paz y el conflicto son opuestos. Allí donde uno mora, el otro no puede estar; donde uno de ellos va, el otro desaparece. Así es como el recuerdo de Dios queda nublado en las mentes que se han convertido

en el campo de batalla de las ilusiones. Mas Su recuerdo brilla muy por encima de esta guerra insensata listo para ser recordado cuando te pongas de parte de la paz.

La estrategia del ego es mantenernos en un constante estado de conflicto

donde nunca podremos conocer la paz que es el requisito previo para recordar a Dios. El conflicto se perpetúa a través de las cinco leyes del caos

del ego que, de nuevo, resumen el sistema de pensamiento del ego en los niveles ontológico y corporal: separación y diferenciación proyectada como el mundo de las relaciones especiales. La paz en sí misma no se puede lograr excepto al mirar estas leyes, porque el recuerdo de nuestra Identidad como Cristo está oculto por el conflicto entre ilusiones: la "guerra" entre Dios y Su Hijo. Por eso Jesús nos pide que miremos con él la locura del ego a través de la visión del perdón. Esto disuelve el especialismo que es similar a un bloque de granito sólido, permitiendo que su amor bendiga la paz que es nuestro Ser.

Las leyes del caos.

"Las leyes del caos" comienza con una declaración de propósito, uno de los

leitmotiv clave de nuestra sinfonía:

(II.1:1-5) Puedes llevar las "leyes" del caos ante la luz, pero nunca las podrás entender. Las leyes caóticas no tienen ningún significado y, por lo tanto, se encuentran fuera de la esfera de la razón. No obstante, aparentan ser un obstáculo para la razón y para la verdad.

Contemplémoslas, pues, detenidamente, para que podamos ver más allá de ellas y entender lo que son, y no lo que quieren probar. Es esencial que se entienda cuál es su propósito porque su fin es crear caos

y atacar la verdad.

En esta sección, una de las más largas del texto, Jesús repasa las leyes del

caos con un esmerado detalle, ayudándonos a ver su objetivo de mantener a

Dios alejado. Si nuestro Creador es la Unidad perfecta, ¿qué mejor para excluirlo a Él que vivir en un mundo en el que todo está separado, dividido

y en un estado perpetuo de oposición? Es por eso que prosperamos en los

conflictos y no podemos liberarnos de nuestros resentimientos contra Dios,

el gobierno, la economía, nuestros cuerpos o los cuerpos de otros. El propósito de estas leyes debe ser entendido para poder ver más allá de ellas,

ya que son una locura e intrínsecamente incomprensibles. Nota el uso de

"detenidamente" y con calma, con respecto a nuestro observarlas con Jesús

(véase también T-11.V.1:4). El proceso del perdón es fácil y libre de tensiones, si es que dejamos que él sea nuestro único consuelo y guía. (II.1:6-7) Éstas son las leyes que rigen el mundo que tú fabricaste. Sin embargo, no gobiernan nada ni necesitan violarse: necesitan simplemente contemplarse y trascenderse.

En el capítulo anterior vimos el énfasis en la no oposición. Dado que la verdad y el amor no se oponen, todo lo que necesitamos hacer con el ego es

mirarlo, lo que nos permite ver más allá de él. Como hemos visto (especialmente en el Capítulo 22), el sistema de pensamiento del ego parece

ser un muro impermeable e impenetrable de pecado. Pero cuando nos acercamos a su aparente solidez con Jesús, vemos la luz de Cristo brillando

a través suyo. El ego nos advierte, sin embargo, que no nos acerquemos

demasiado al pecado porque detrás de él hay un Dios Que nos destruirá.

Como resultado de esta amenaza, que nos tomamos muy en serio, seguimos

inconscientes al no acercarnos a la pecaminosidad percibida en la mente. En

respuesta a la estrategia del ego, el objetivo principal del Curso es que nos

sintamos cómodos con el ego – comprendiendo su propósito, su dinámica y

su nada. Como un ratón asustado que ruge al universo, el ego no tiene ningún efecto sobre nadie ni sobre nada. Permanece solo y aislado, siendo

el aislamiento y la soledad misma, lo opuesto a una verdad que ni siquiera

sabe que existe.

La primera ley del caos.

La primera ley del caos es que la verdad es diferente para todos, comenzando por Dios y Su Hijo. En la filosofía Griega, el desacuerdo de Sócrates con los sofistas fue en este mismo punto, porque muchos de estos maestros sostenían que la verdad es relativa, lo que significa que la verdad de todos no es la misma. Este padre de la filosofía Occidental sabía que era absoluta, y en Un Curso de Milagros se repite la afirmación de que la verdad es una. Decir que hay verdades diferentes es decir que hay diferencias reales entre las personas. Sin embargo, como hay un solo Dios que tiene un Hijo, el contenido de la verdad no puede ser diferente para ninguno de los aspectos separados, a pesar de sus diferenciadoras formas de expresión.

(II.2) La primera ley caótica es que la verdad es diferente para cada persona. Al igual que todos estos principios, éste mantiene que cada cual es un ente separado, con su propia manera de pensar que lo distingue de los demás. Este principio procede de la creencia en una jerarquía de ilusiones: de que algunas son más importantes que otras, y, por lo tanto, más reales. Cada cual establece esto para sí mismo, y le confiere realidad atacando lo que otro valora. Y el ataque se justifica porque los valores difieren, y los que tienen distintos valores parecen ser diferentes, y, por ende, enemigos.

El primer principio de los milagros responde a la primera ley del caos del ego de que "hay una jerarquía de ilusiones". Hemos visto cómo el ego inventó un mundo de formas, que luego clasificó según ciertas categorías que consideró importantes. La respuesta del Espíritu Santo fue que no puede haber grados de dificultad en los milagros porque todas las ilusiones son iguales. Una ilusión sigue siendo una ilusión, independientemente de su forma, porque su fuente es una ilusión: las ideas no abandonan su fuente.

Esta primera ley nació con la diminuta y alocada idea que dice que

podemos estar separados de nuestra Fuente. El pensamiento fragmentado y dividido, una y otra vez, culmina en un mundo donde parece haber gradaciones en todas las formas animadas e inanimadas, por dentro y por fuera. En el homo sapiens tales distinciones son muy claras – por ejemplo, jóvenes y viejos, bajos y altos, delgados y gordos, de piel blanca, negra o amarilla – con ciertos grupos juzgados como superiores y con todos los grupos seguramente juzgándose entre sí. Además, aquellos que son diferentes a nosotros deben ser considerados enemigos porque llevan dentro de ellos la semilla del recuerdo original que continuamente nos molesta: ser diferentes significa que pecamos y atacamos, ya que la afirmación de las diferencias con Dios, constituyeron el primer ataque pecaminoso, que condujo a la culpa y al temor a un seguro castigo. Como resultado, caminamos por la tierra “solos, inseguros y presos del miedo” (T31.VIII.7:1), aterrorizados por aquellos que difieren de nosotros, hablan de manera diferente y tienen ideas diferentes a las nuestras. Estos diferentes “hechos” recuerdan la diferencia original que despierta nuestra culpa dormida. Una vez que esto se lleva a la conciencia, aunque sea fugazmente, buscamos expulsar la culpa lo más rápido posible. Proyectamos y atacamos, el núcleo de esta primera ley caótica.

(II.3:1-2) Observa cómo parece esto ser un impedimento para el primer principio de los milagros, pues establece grados de verdad entre las ilusiones, haciendo que algunas parezcan ser más difíciles de superar que otras.

Estas diferencias percibidas, o grados de verdad, son amados por el ego, ya que comenzaron con un pensamiento de diferencias y es preservado por ellas. Ésta es la clave del tratamiento que Un Curso de Milagros hace de las

relaciones especiales, porque las diferencias se equiparan con el ataque, y la culpa por el primer ataque exige que encontremos a otros como culpables de nuestro pecado, justificando los ataques contra ellos. Esto conduce directamente a la segunda ley del caos, ya que estas leyes fluyen lógicamente entre sí.

La segunda ley del caos.

(II.4) La segunda ley del caos, muy querida por todo aquel que venera el pecado, es que no hay nadie que no peque, y, por lo tanto, todo el mundo merece ataque y muerte. Este principio, estrechamente vinculado al primero, es la exigencia de que el error merece castigo y no corrección. Pues la destrucción del que comete el error lo pone fuera

del alcance de la corrección y del perdón. De este modo, interpreta lo que ha hecho como una sentencia irrevocable contra sí mismo que ni siquiera Dios Mismo puede revocar. Los pecados no pueden ser perdonados, al ser la creencia de que el Hijo de Dios puede cometer errores por los cuales su propia destrucción se vuelve inevitable.

Estamos tan abrumados por nuestro sentimiento de pecado que este exige

que proyectemos la culpa y culpemos a los demás. Esto significa que el pecado en ellos exige castigo, no corrección: queremos que sean castigados

porque mágicamente creemos que esto nos ayudará a escapar de la castigadora ira de Dios. De esta manera, el pecado queda impreso indeleblemente en el Hijo de Dios, más allá de toda corrección y exigiendo

su destrucción segura, un fin que inevitablemente significa el nuestro propio.

Ahora la segunda y aterradora parte de la segunda ley:

(II.5:1) Piensa en las consecuencias que esto parece tener en la relación

entre Padre e Hijo.

Como lo hace Jesús en otros lugares, en esta discusión sobre las leyes del

caos va y viene entre nuestras relaciones especiales cotidianas y nuestra

relación especial con Dios. Al hacerlo, nos enseña que tenemos un sólo

problema, la separación y el ataque. En otras palabras, lo que creemos que le hicimos a Dios se lo hacemos a los demás; lo que le hacemos a los demás es lo que creemos que le hicimos a Dios. No hay diferencia, porque son uno y lo mismo.

Si es cierto que el pecado es real y debe proyectarse sobre los demás, y esto

es lo que el ego nos dice que hicimos con Dios, debemos acusarnos continuamente por este "pecado original" de asesinato. Proyectando esto en

Dios, ahora creemos que Él nos matará. Piensa en el relato bíblico de Adán

y Eva, el mito fundamental del mundo Occidental, en el que el Creador se

convierte en el villano. Al poseer un ego enorme, a Dios no le gusta ser desobedecido; y cuando da una orden, espera que se lleve a cabo.

Sabemos

que, si les decimos a las personas que no hagan algo, seguro que lo harán,

especialmente los niños. Al prohibir a Adán y Eva comer del fruto del árbol, Dios hizo que pusieran en movimiento el drama cósmico del pecado,

la culpa y castigo. El Padre no solo destierra a Sus dos primeros descendientes del Cielo, sino que Él crea la muerte como el destino justificado de los pecadores en todas partes. Este gran mito retrata nuestra

proyección del pecado en Dios, Quien se ha convertido en el asesino pecador. A pesar de su poder, la historia sigue siendo un mito, una historia

de un ilusorio Padre peleando con su ilusorio hijo.

(II.5:2-7) Ahora parece que nunca jamás podrán ser uno de nuevo.

Pues uno de ellos no puede sino estar por siempre condenado, y por el otro. Ahora son diferentes y, por ende, enemigos. Y su relación es una de oposición, de la misma forma en que los aspectos separados del Hijo

convergen únicamente para entrar en conflicto, pero no para unirse.

Uno de ellos se debilita y el otro se fortalece con la derrota del primero.

Y su temor a Dios y el que se tienen entre sí parece razonable, pues se

ha vuelto real por lo que el Hijo de Dios se ha hecho a sí mismo y por lo que le ha hecho a su Creador.

El principio del ego que actúa en nuestras relaciones especiales es uno u

otro: si yo gano, tú pierdes; si tú ganas, yo pierdo. Inevitablemente, entonces, todos buscamos asegurarnos de que nunca seamos derrotados. O

destruimos a otros en una demostración de fuerza, o los manipulamos para

que nos hagan daño y que parezcan ser los malos, como hicimos con Dios.

Habiéndonos convertido en la víctima inocente, tenemos justificación para

escapar con temor del iracundo pecador, inventando un mundo - colectivo e

individual - en el que esconder nuestra inocencia del enemigo recién percibido. El sistema de pensamiento de separación del ego ahora emerge

fuerte y triunfante, con la Unidad viviente de Dios debilitada en la derrota.

(II.6:1-4) En ninguna otra parte es más evidente la arrogancia en la que se basan las leyes del caos que como sale a relucir aquí. He aquí el principio que pretende definir lo que debe ser el Creador de la realidad; lo que debe pensar y lo que debe creer; y, creyéndolo, cómo debe responder. Ni siquiera se considera necesario preguntarle si eso que se ha decretado que son Sus creencias es verdad. Su Hijo le puede decir lo que ésta es, y la única alternativa que le queda es aceptar la palabra de Su Hijo o estar equivocado.

Nuevamente, Jesús se refiere al Dios bíblico, a Quien hemos definido como

Uno Que reconoce el pecado y reacciona a él. La deidad Judeo-Cristiana

comparte nuestra locura al hacer que el pecado sea real y luego con Su plan

de expiación a través del sufrimiento y el sacrificio. Esto encaja perfectamente en el sistema de pensamiento del ego de uno u otro: el pecado de la separación es expiado por el dolor y la muerte de otro. En su

mito, por lo tanto, el ego ha convencido con éxito a Dios de la realidad del

pecado, la culpa y el castigo, el núcleo de las religiones Occidentales. Él no puede estar en desacuerdo, ya que el Hijo separado es una prueba de la realidad del pecado, y ¿cómo podría Dios estar equivocado cuando tiene enfrente a los “hechos” del pecado? Mientras tanto, el Dios verdadero permanece en Su Cielo, ajeno al estruendo de la separación y el pecado que chilla por nada, porque es nada. Una vez que la locura del "pecado original" se ha hecho realidad, solo estas leyes locas pueden resultar de él. La tercera ley del caos.

(II.6:5-6) Esto conduce directamente a la tercera creencia descabellada que hace que el caos parezca ser eterno. Pues si Dios no puede estar equivocado, tiene entonces que aceptar la creencia que Su Hijo tiene de sí mismo y odiarlo por ello.

Jesús continúa exponiendo la estratagema circular del ego. El Hijo define la realidad como pecaminosa, la cual su Dios proyectado debe aceptarla, y dado que Dios no puede equivocarse, el pecado debe ser real. En otras palabras, nosotros le decimos a Dios qué creer, y luego le decimos lo que debe ser la verdad, ya que Él es Dios. Esto explica cómo y por qué la Biblia ha alcanzado su prominencia mundial: escribimos el libro, pusimos sus palabras en la boca de Dios, y luego olvidamos que lo habíamos hecho, y ahora tomamos "Sus palabras" como verdaderas porque provienen de Uno.

Que nunca se equivoca. El pecado y la venganza ahora toman alegremente el lugar de la inocencia y el amor, la locura del ego se conserva como la verdad, y el Cielo debe esperar el regreso del Hijo a la cordura.

(II.7:1-8:2) Observa cómo se refuerza el temor a Dios por medio de este tercer principio. Ahora se hace imposible recurrir a Él en momentos de

tribulación, pues Él se ha convertido en el “enemigo” que la causó y no sirve de nada recurrir a Él. La salvación tampoco puede encontrarse en el Hijo, ya que cada uno de sus aspectos parece estar en pugna con el Padre y siente que su ataque está justificado. Ahora el conflicto se ha vuelto inevitable e inaccesible a la ayuda de Dios. Pues ahora la salvación jamás será posible, ya que el salvador se ha convertido en el enemigo.

No hay manera de liberarse o escapar. La Expiación se convierte en un mito, y lo que la Voluntad de Dios dispone es la venganza, no el perdón.

Ahora que le hemos dicho a Dios lo que le hemos hecho, Él debe odiarnos y

buscar nuestro castigo. La expiación del ego no es la del Espíritu Santo, que

dice que no hay nada que expiar porque nada sucedió. El ego, en cambio,

tiene a Dios proclamando: “No te perdonaré hasta que pagues por tu pecado

contra Mí a través del sufrimiento, el sacrificio y la muerte. Si has expiado

con éxito, te llevaré de regreso, y si tu sacrificio no es suficiente, serás enviado al infierno”. No nos damos cuenta de que, para el ego, el Cielo y el

infierno son lo mismo, ya que son parte de un mundo dualista del bien y el

mal que descansa sobre el fundamento del pecado. Este, entonces, no es un

Dios al que queramos acercarnos, razón por la cual el perdón, el camino a

casa, se convierte en un anatema. No es solo Dios Quien es el enemigo, sino

todos Sus Hijos. La proyección da lugar a la percepción: la forma en que

nuestras mentes perciben a Dios determina cómo percibimos el mundo proyectado. Nuestra culpa hace que sea imposible ver al Creador o a Su

Hijo de otra manera que como enemigos a los que hay que temer y/o destruir. El conflicto, no la unión, reina supremo en el reino del ego.

(II.8:3-7) Desde allí donde todo esto se origina, no se ve nada que pueda

ser realmente una ayuda. Sólo la destrucción puede ser el resultado final. Y Dios Mismo parece estar poniéndose de parte de ello para derrotar a Su Hijo. No pienses que el ego te va a ayudar a escapar de lo que él desea para ti. Ésa es la función de este curso, que no le concede ningún valor a lo que el ego estima.

Como las ideas no abandonan su fuente, no hay forma de salir del infierno del ego una vez que su premisa básica de la separación y el pecado se acepta como verdadera. Oleadas de culpa y miedo caen en cascada implacablemente en nuestras mentes, y nada queda excepto la ineludibilidad de la muerte a manos de un vengador, al haber pecado contra el Padre. Sin embargo, Un Curso de Milagros ofrece un escape genuino de esta pesadilla al ayudarnos a cuestionar la base misma del sistema de pensamiento del ego.

Es importante notar que Jesús no solo está ofreciendo una corrección a la loca teología de la Cristiandad. También nos está ayudando a comprender la verdadera naturaleza de nuestro mundo y las leyes de la locura en las que descansa. Esta locura es la base de las distintas maneras en que nos relacionamos en nuestras relaciones especiales, el tema de la cuarta y quinta leyes del caos.

La cuarta ley del caos.

(II.9:1-4) El ego atribuye valor únicamente a aquello de lo que se apropia. Esto conduce a la cuarta ley del caos, que, si las demás son aceptadas, no puede sino ser verdad. Esta supuesta ley es la creencia de que posees aquello de lo que te apropias. De acuerdo con esa ley, la pérdida de otro es tu ganancia y, por consiguiente, no reconoce el hecho de que nunca puedes quitarle nada a nadie, excepto a ti mismo.

La primera ley, la creencia en las diferencias, conduce a la segunda que dice que el pecado debe ser castigado, mientras que la tercera ley identifica a

Dios como el agente punitivo. La cuarta ley pasa de la metafísica a la experiencia individual. Posees aquello de lo que te apropias, un tema escuchado antes en nuestra sinfonía que ahora vuelve como una declaración

en su plenitud orquestal. Al principio, queríamos lo que Dios tenía, y cuando Él se negó a dárnoslo, lo tomamos. Así nosotros teníamos la vida y

Él no. En otras palabras, Él y Su perfecta Unidad ya no existían: poseemos

aquello de lo que nos apropiamos. Este principio funciona para todos, incluido el Dios del ego Quien también posee aquello de lo que se apropia.

El que Dios se apodere de nuestra vida significa nuestra muerte segura; el

estado de guerra en el que el ego prospera, el cual actuamos en la relación

especial. Lo que queremos de los demás es la inocencia que creemos que

perdimos por causa del pecado. Debemos tener en cuenta que el principio

de uno u otro caracteriza la vida en este mundo porque comenzó con el

sacrificio de Dios para que tuviéramos nuestra individualidad: Dios tenía

que perder para que nosotros ganáramos; la unidad, el amor y la vida eterna

no pueden coexistir con la separación, el miedo y la muerte, por lo que uno

debe ofrecerse en sacrificio para que el otro sobreviva. Como las ideas no

abandonan su fuente, todos los pensamientos mundanos están unidos a este

origen del ego.

La culpa debe provenir de la creencia de que lo que tenemos nos lo apropiamos de Dios, un derivado de nuestro percibido pecado de egoísmo:

queríamos lo que queríamos cuando lo queríamos. Y lo conseguimos, sin

que nos haya importado quien tuvo que ser destruido en el proceso, incluso

si eso significaba Dios y Cristo. Todos podemos relacionarnos con este "pecado", porque incluso cuando no nos identificamos con la destrucción del Cielo, sabemos que el egoísmo es el lugar de nacimiento de la culpa, en la que vivimos bajo el principio del interés-propio que separa, más que con el del interés-Propio que une. Además, si somos culpables, otros no lo son; y si somos inocentes, ellos deben ser culpables del pecado de haber robado nuestra inocencia, escondiéndola en su ser (es decir, el cuerpo) para que nunca la encontráramos. Esto justifica que recuperemos la impecabilidad que nos robaron, por lo cual será nuestra nuevamente. Esta es, en esencia, la cuarta ley del caos, como continuamos leyendo: (II.9:5-10:2) Mas las otras tres leyes no pueden sino conducir a esto. Pues los que son enemigos no se conceden nada de buen grado el uno al otro, ni procuran compartir las cosas que valoran. Y lo que tus enemigos ocultan de ti debe ser algo que vale la pena poseer, ya que lo mantienen oculto de ti. Todos los mecanismos de la locura se hacen patentes aquí: el "enemigo" se fortalece al mantener oculto el valioso legado que debería ser tuyo; la postura que adoptas y el ataque que infliges, los cuales están justificados por razón de lo que se te ha negado; la pérdida inevitable que el enemigo debe sufrir para que tú te puedas salvar. Así es como los culpables declaran su inocencia. Este tema es familiar y lo veremos una y otra vez en los movimientos finales de nuestra sinfonía. Creemos que somos culpables, pero mantenemos nuestra inocencia, ya que nos hemos convencido de que los demás cometieron el pecado de robar la herencia del inocente Hijo de Dios

- nuestro ser inocente. El mundo es ahora percibido como el enemigo, con sus habitantes empeñados en privarnos de lo que es legítimamente nuestro, y luego escondiéndolo. Esta conclusión no puede evitarse una vez que aceptamos las premisas del ego de separación, diferenciación y culpa, siendo la proyección (ataque) nuestra salvación.

(II.10:3-4) Si el comportamiento inescrupuloso del enemigo no los forzara a este vil ataque, sólo responderían con bondad. Pero en un mundo despiadado los bondadosos no pueden sobrevivir, de modo que tienen que apropiarse de todo cuanto puedan o dejar que otros se apropien de lo que es suyo.

Veremos el mismo argumento presentado mucho más adelante (véase T31.V.4): no es culpa nuestra que nos hayamos convertido en criaturas salvajes. El robo de otro nos obligó a adoptar esta posición, lo que justifica

que recuperemos la inocencia que nos fue robada. Es importante destacar

que esto no tiene nada que ver con lo que otros pueden o no haber hecho. Si

creemos que somos culpables, entonces siguiendo el principio de uno u otro

debe ser que otros están libres de culpa, independientemente de su comportamiento, y poseen la inocencia que es nuestra. Esta creencia inconsciente es la premisa de todos los ataques, físicos y psicológicos, y

debe ser expuesta a la amable luz de la verdad para que pueda deshacerse.

(II.11:1-6) Y ahora queda una vaga pregunta por contestar, que aún no ha sido “explicada”: ¿Qué es esa cosa tan preciada, esa perla de inestimable valor, ese tesoro oculto, que con justa indignación debe arrebatársele a éste el más pérfido y astuto de los enemigos? Debe ser lo que siempre has anhelado, pero nunca hallaste. Y ahora “entiendes” la razón de que nunca lo encontraras. Este enemigo te lo había arrebatado y lo ocultó donde jamás se te habría ocurrido buscar. Lo ocultó en su cuerpo, haciendo que éste sirviese de refugio para su culpabilidad, de escondrijo de lo que es tuyo.

El verbo arrebatarse rara vez se usa en Un Curso de Milagros, pero es poderosamente expresivo cuando se usa. Recuerda, por ejemplo, cómo

Jesús habló antes de nuestro poder de arrebatarnos a la verdad, también en el

contexto de la relación especial (T-16.V.11:3).

La culpabilidad mencionada en la última oración pertenece a nuestros socios especiales (el enemigo) por haber robado nuestra inocencia, la cual

desesperadamente queremos recuperar ("esa cosa tan preciada") para sanarnos, y al mismo tiempo asegurarnos que otros serán castigados en

lugar de nosotros. Sabemos que lo escondieron en sus cuerpos porque nosotros también inventamos un cuerpo en el que escondernos. Sea lo que

sea que creemos que hicimos, acusamos a otros de haberlo hecho.

Este es el

"pecado" de todos, enterrar la culpa de la mente y luego proyectarla en un

cuerpo, el cual se convierte en el depósito del sufrimiento que nos inflige el

enemigo.

Para el ego, el cuerpo se convierte en una tapadera de la culpa que a su vez

es una tapadera del principio de Expiación de la mente correcta. Dado que

la proyección da lugar a la percepción, vemos que el mundo realiza la misma dinámica de proyección y ataque. Lo que otro nos robó fue escondido en su cuerpo, ya que creemos que lo que le robamos a Dios fue

escondido en el nuestro. Todos creemos que nos separamos de nuestra Fuente y arrebatamos de Su Ser nuestra existencia individual, olvidándonos

de que lo hicimos y culpando a otros por nuestro pecado.

(II.11:7-9) Ahora su cuerpo se tiene que destruir y sacrificar para que tú puedas tener lo que te pertenece. La traición que él ha cometido exige su muerte para que tú puedas vivir. Y así, sólo atacas en defensa propia.

Esta es otra declaración clara de un tema que repasaremos en el Capítulo

31: el rostro de la inocencia. Empezando por nuestros padres, otros son los

traidores del amor; nosotros no. Qué maravilloso es para el ego, por

ejemplo, el entrar en una familia en la que somos abusados y abandonados.

Si bien no hay nadie en este mundo que no tenga historias dolorosas de victimización, y sin duda, algunas son más dramáticas que otras, aunque tienen el mismo contenido porque no existe una jerarquía de ilusiones. Nuestro nacer es el último acto de traición: corriendo a gusto hacia el infierno, desde el infierno de la mente al infierno del cuerpo, para evitar ciertos castigos por nuestro pecado de traición. Nuevamente, la culpa por este pecado primordial se proyecta sobre los cuerpos, conduciendo a guiones de víctimas en los que nuestras mentes erradas buscan ser tratadas injustamente, descuidadas y heridas. Por dolorosas que sean estas experiencias, nuestros egos disfrutan de todas y cada una, porque justifican nuestros ataques en defensa propia. Esto conduce a la quinta y última ley del caos que aborda la pregunta: ¿qué es eso lo que nos impulsa a atacarnos y robarnos unos a otros?

La quinta ley del caos.

(II.12: 1-7) Pero ¿qué es eso que deseas que exige su muerte? ¿Cómo puedes estar seguro de que tu ataque está justificado, a menos que sepas cuál es su propósito? Aquí es donde el “último” principio del caos acude en tu “auxilio”. Este principio alega que hay un sustituto para el amor. Ésta es la magia que curará todo tu dolor, el elemento que falta que curaría tu locura. Ésa es la razón de que tengas que atacar. He aquí lo que hace que tu venganza esté justificada.

Creemos que lo que falta o está incompleto en nosotros es nuestra inocencia especial. Otros la tienen, privándonos de nuestra integridad inherente. Algunas formas comunes de esta proyección son que nos sentiremos mejor nosotros mismos si los demás nos dicen lo amados y atentos que somos,

visitándonos cuando estemos enfermos, promoviéndonos en el trabajo,
o
calificándonos altamente en los trabajos finales. De hecho, nada
valoramos
más en nuestras relaciones que recuperar el especialismo – el amor y
la
inocencia – que creemos que nos falta. Hemos visto que una de las
características clave de las relaciones especiales es que son
substitutos del
amor, una forma de decirle a Dios que Su Amor no es suficiente.
Exigimos
un sustituto e incluso mataremos por él, sintiéndonos justificados
porque
Dios, y ahora Sus sustitutos mundanos, nos lo quitaron. Esta es
nuestra
razón para haber hecho tantos cuerpos en el sueño. Nos proporcionan
amplios objetivos para los asesinatos, tanto física como
psicológicamente,
que tantas veces se cometen en nombre de la verdad, la justicia y el
amor.
(II.12:8) He aquí, revelado, el regalo secreto del ego, arrancado del
cuerpo de tu hermano donde se había ocultado con malicia y con odio
hacia aquel a quien verdaderamente le pertenece.
Y “aquel a quien verdaderamente le pertenece” somos nosotros. El
propósito de la proyección se ve facilitado en gran medida al
relacionarnos
con aquellos que el mundo afirma que nos han tratado injustamente.
Adoramos en el altar de victimización porque eso justifica nuestro
ataque al
victimario, si no conductualmente, entonces en nuestros
pensamientos.
Nosotros utilizamos cualquier medio para obtener de los demás la
inocencia
que creemos que es legítimamente nuestra, aunque no creemos que la
merezcamos. Continuamente buscamos cubrir nuestros abrasadores
sentimientos de auto-desprecio, engendrados por el pecado, y
esforzándonos por llenar el enorme agujero de la culpa con nuestros
socios
especiales. Sin embargo, estos esfuerzos nunca son suficientes, porque
el

amor no tiene substitutos. Aun así, persistimos en embarcarnos en "una interminable e insatisfactoria cadena de relaciones especiales" (T15.VII.4:6), todas condenadas al fracaso ya que la inocencia es de la mente y no del cuerpo.

(II.12:9:12) Él te quiere privar de ese ingrediente secreto que le daría significado a tu vida. El substituto del amor, nacido de vuestra mutua enemistad, tiene que ser la salvación. Y no tiene substitutos, pues hay uno solo. Y así, el propósito de todas tus relaciones es apropiarte de él y convertirte en su dueño.

Este especialismo, nacido del odio que existe entre todos, se origina en nuestra relación con Dios; no desde Su punto de vista ciertamente, sino

desde el nuestro. De hecho, el concepto de separación y diferencias expresa

esta enemistad. Somos diferentes a los demás en nuestros sueños, y la abrumadora culpa por este pecado significa que somos responsables de la

diferencia porque fue nuestro pecado el que destruyó el Cielo. Como esta

culpa no se puede tolerar, la proyectamos y odiamos a los que son diferentes porque nos recuerdan esta declaración original de diferenciación

que le hicimos a nuestra Fuente: "Me va muy bien sin Ti, y después de que

saquee Tu tesoro y Te arroje lejos, tendré todo lo era Tuyo". Carecemos del

vocabulario para abarcar la enormidad de nuestra culpa y no nos queda otra

opción que verla en otro lugar. Si bien esto demuestra la locura de creer que

el especialismo puede substituir al amor, el amor del ego no se puede compartir, solo apoderárnoslo. En contraste, el amor del Cielo, reflejado en

el perdón, es compartido igualmente por todos, al ser uno solo.

(II.13:1-3) Mas nunca podrás poseerlo del todo. Y tu hermano jamás cesará de atacarte por lo que le robaste. Y la venganza de Dios contra vosotros dos tampoco cesará, pues en Su locura Él tiene también que

poseer ese sustituto del amor y destruirlos a ambos.
Esto nos lleva de nuestro especialismo individual al nivel metafísico.
Nuestro odio mutuo, el uno al otro, refleja nuestro odio por Dios, Quien,
en
algún momento, creemos que se sentirá tan disgustado que Él nos
destruirá
a todos y recuperará la vida especial que le robamos (ver T-26.VII.7).
No
hay fin, excepto la muerte, al círculo vicioso del ego de ataque
(pecado),
defensa y más ataque, y una vez que nos identificamos con un yo
individual, el resultado del ego es seguro. Por cierto, la creencia de que
otros nos atacan implica sólo nuestras percepciones de ellos,
independientemente de su comportamiento. Esto no puede ser
repetido con
suficiente frecuencia, porque confundir forma y contenido, cuerpo y
mente,
es el nivel de confusión que refuerza la creencia del ego de que el
mundo es
real.
(II.13:4-6) Tú que crees ser cuerdo y caminar por tierra firme en un
mundo en el que se puede encontrar significado, considera lo
siguiente:
Éstas son las leyes en las que parece basarse tu “cordura”. Éstos son
los
principios que hacen que el suelo que pisas parezca firme. Y es ahí
donde tratas de encontrar significado.
Estas son las cinco leyes del caos en las que creemos y sabemos que
las
creemos porque de lo contrario no estaríamos en cuerpos. El mundo se
basa
en la creencia de que tenemos que escapar del campo de batalla de la
mente,
surgido de la loca creencia en el pecado y las diferencias. Nuestro
ataque a
la unidad del amor exige un castigo en las manos vengativas de Dios,
de las
cuales tenemos que huir a un mundo inventado donde continuamos
recreando esta locura. Culpamos al mundo por nuestra pérdida de la

inocencia, lo que justifica el arrebatársela a alguien para llenar la escasez de la mente. Este es el significado que le damos al universo fenoménico, la proyección del sistema de pensamiento ilusorio de separación, pecado y ataque del ego.

(II.13:7-13) Ésas son las leyes que promulgaste para tu salvación. Apoyan firmemente al subs-tituto del Cielo que prefieres. Ése es su propósito, pues para eso es para lo que fueron promulgadas. No tiene objeto preguntar que significado tienen. Eso es obvio. Los medios de la locura no pueden sino ser dementes. ¿Estás tú igualmente seguro de que comprendes que su objetivo es la locura?

Estas leyes dementes reflejan directamente la idea de hacer un ser como sustituto del Ser que Dios creó, siendo variaciones del amor especial que reemplaza al amor del Cielo. Las leyes nos “salvan” del pensamiento de

Expiación del Espíritu Santo, el cual deshace la premisa del pecado y el ataque del ego, y Jesús nos pide que consideremos nuevamente si realmente

queremos el objetivo de una existencia separada que termina en la muerte,

cuando el recuerdo de nuestro Ser eterno es nuestro para elegirlo.

El loco sistema de pensamiento del ego continúa.

Hemos terminado con las leyes del caos, aunque apenas con el apartado. La

última mitad es tan enérgica como la primera, porque Jesús continúa exponiendo los detalles más espantosos del sistema de pensamiento del ego.

Él resume todo lo que ha estado enseñando hasta ahora, preparando el escenario para los majestuosamente poderosos movimientos finales de nuestra sinfonía.

(II.14:1-6) Nadie desea la locura, ni nadie se aferra a su propia locura si ve que eso es lo que es. Lo que protege la locura es la creencia de que es

la verdad. La función de la demencia es usurpar el lugar de la verdad.

Para poder creer en la demencia hay que considerarla la verdad. Y si es

la verdad, entonces su opuesto, que antes era la verdad, tiene que ser ahora la locura. Tal inversión, en la que todo está completamente al revés: en la que la demencia es cordura, las ilusiones verdad, el ataque bondad, el odio amor y el asesinato bendición, es el objetivo que persiguen las leyes del caos.

Cuando miramos con Jesús las cinco leyes del caos, su locura es obvia. Persistimos en creer en ellas, sin embargo, como no somos realmente conscientes de lo que dicen; no comprendemos la pura la locura del mundo

de la forma – sus gobiernos, religiones, costumbres, etc. – porque se basan

en estas leyes locas. Si no las vemos por lo que son ni entendemos su propósito, creemos que tienen sentido. La verdad será vista como locura y

la locura proclamada como verdad. Después de todo, $2+2=4$ sólo en el mundo dualista de la lógica del ego, la cual creemos que es comprensible.

Por lo tanto, lo que llamamos cordura es realmente locura, y si reconocemos que esto hace que el mundo sea como es, cambiaríamos nuestras creencias instantáneamente. El propósito de Un Curso de Milagros

es acelerar este instante santo, ayudándonos a ver que si las ideas no abandonan su fuente y la locura del mundo está en la mente, tenemos que

volver allí para cambiar nuestra forma de pensar. De esta manera, el escudo

defensivo de negación y proyección del ego se deshace, y podemos optar

por su propósito de reforzar la ilusión de separación y negar la realidad de

la perfecta Unidad y el amor del Cielo.

(II.14:7-8) Esos son los medios que hacen que las leyes de Dios parezcan

estar invertidas. Ahí las leyes del pecado parecen mantener cautivo al amor y haber puesto al pecado en libertad.

Las leyes del caos parecen tener éxito en aprisionar las leyes del Cielo: el

pecado de la separación ha tomado el lugar de la eterna inocencia del Hijo

de Dios.

(II.15:1-5) Ésos no parecen ser los objetivos del caos, pues gracias a la gran inversión parecen ser las leyes del orden. ¿Cómo podría ser de otra manera? El caos es la ausencia total de orden, y no tiene leyes. Para que se pueda creer en él, sus aparentes leyes tienen que percibirse como reales. Su objetivo de demencia tiene que verse como cordura. Aunque nos hemos engañado a nosotros mismos pensando que este mundo tiene sentido, si tuviéramos que mirarlo a través de la visión de Cristo, nos daríamos cuenta de que, a pesar de la naturaleza lógica de sus leyes, este lugar de materialidad sigue siendo una locura. Se basa en la idea de que alcanzamos la libertad al derrotar a los enemigos, dando testimonio de la verdad del ataque y encontrando la paz robando y protegiéndonos con defensas de las fuerzas externas. Y, sin embargo, visto desde la verdad, ¿cómo no podría verse este mundo sino como una locura? El objetivo de Jesús es que entendamos no solo la actividad de la mente tomadora de decisiones, sino por qué el hogar de los cuerpos siempre ha sido lo que es: "... un mundo árido y polvoriento, al cual criaturas hambrientas y sedientas venir a morir" (L-pII.13.5:1). Nunca podrá cambiar hasta que cambie su fuente, y cuando nuestras mentes hayan sanado el mundo desaparecerá. Este es el tema de "¿Cómo terminará el mundo?" en el manual para el maestro (M-14).

(II.15.6-8) Y el miedo, con labios mortecinos y ojos que no ven, obcecado y de aspecto horrible, es elevado al trono del amor, su moribundo conquistador, su substituto, el que te salva de la salvación. ¡Cuán bella hacen aparecer a la muerte las leyes del miedo! ¡Dale gracias al héroe que se sentó en el trono del amor y que salvó al Hijo de Dios para condenarlo al miedo y a la muerte! Esta es la culminación de la estrategia del ego, hacernos adorar en el

santuario de la ilusión mientras creemos que es la verdad. El cuerpo, no la mente, se convierte en el altar de nuestra devoción y el Dios del amor se transmuta en los horribles dioses del odio, el miedo y la muerte. (II.16) Sin embargo, ¿cómo es posible que se pueda creer en semejantes leyes? Hay un extraño mecanismo que hace que ello sea posible. Es algo que nos resulta familiar, pues hemos visto en innumerables ocasiones cómo parece funcionar. En realidad no funciona en absoluto, mas en sueños, donde los protagonistas principales son sólo sombras, parece ser muy poderoso. Ninguna de las leyes del caos podría coaccionar a nadie a que creyese en ella, si no fuera por el énfasis que se pone en la forma y por el absoluto desprecio que se hace del contenido. Nadie que crea que una sola de estas leyes es verdad se da cuenta de lo que dicha ley estipula. Algunas de las formas que dichas leyes adoptan parecen tener sentido, pero eso es todo. Recuerda una idea similar en "Los dos cuadros" (T-17.IV), donde Jesús nos instruyó que no mirásemos el marco sino el cuadro, porque solo entonces veríamos que la aparente belleza del marco rodea la imagen de la muerte. La razón por la que el sistema de pensamiento del ego funciona tan eficazmente y el mundo del tiempo "ya está muy cansado" (M-1.4:4), es que casi nadie ve lo que realmente está sucediendo. El contenido de la mente no se puede reconocer porque el cuerpo fue hecho específicamente para ocultarlo. Las formas del mundo son externas, para ser percibidas por los ojos del cuerpo que oscurecen el contenido de la mentalidad-errada de separación y culpa, así como el contenido de la mentalidad-correcta de la Expiación y el amor.

El mundo funciona dentro del sueño debido al velo del olvido (la línea sólida del gráfico entre el mundo y la mente). No tenemos recuerdo de la

mente, ya que todo lo que conocemos son cuerpos. Casi nunca nos preguntamos cómo las religiones del amor pueden convertirse en instrumentos de asesinato, o cómo un país fundado en los principios de

libertad y paz pueden perseguir a otras personas, incluidos sus propios ciudadanos. Nuestra ignorancia no tiene sentido a menos que nos demos

cuenta de que el contenido de la mente se nos ha escapado, mientras que las

formas del cuerpo han atraído nuestra atención y nos han cautivado con lo externo.

Jesús nos pide que escuchemos el significado detrás de las palabras del ego,

el contenido detrás de la forma, para así poder darnos cuenta de su propósito para el mundo sombrío del especialismo y el dolor. Si nuestro contenido excluye a ciertas personas o situaciones, sabemos que el pensamiento subyacente es la separación, la culpa y el asesinato. Esto hace

fácil el distinguir entre los contenidos de las mentes correctas y erradas:

cuando el amor, el perdón y la paz no abraza a todos, sin excepción, estamos siguiendo la agenda oculta de odio y sacrificio del ego – alguien

pierde, alguien gana; otro muere para que podamos vivir.

(II.17:1-6) ¿Cómo es posible que algunas formas de asesinato no signifiquen muerte? ¿Puede acaso un ataque, sea cual sea la forma en que se manifieste, ser amor? ¿Qué forma de condena podría ser una bendición? ¿Quién puede incapacitar a su salvador y hallar la salvación? No dejes que la forma que adopta el ataque contra tu hermano te engañe. No puedes intentar herirlo y al mismo tiempo salvarte.

Debemos mirar nuestras inconsistencias, las discrepancias entre forma y

contenido. Como se explicó antes, no es amoroso que los padres digan: "Esto me duele más a mí que a ti" (T-3.I.2:7) mientras abusan de sus hijos.

Recuerda que Jesús nunca habla de comportamiento. Si el nuestro no es un amor que en nuestra mente abraza a todos (nuestro salvador), sin deseo de infligir dolor, no es amor sino una forma separada de asesinato que se disfraza de preocupación amorosa y amable.

(II.17.7-9) ¿Quién puede estar a salvo del ataque atacándose a sí mismo? ¿Cómo iba a importar la forma en que se manifieste esta locura? Es un juicio que se derrota a sí mismo.

Esta es la pregunta perenne de Jesús: ¿por qué persistimos en elegir un medio de respuesta que nos haga daño? Atacar a otro siempre nos hará daño

porque el Hijo de Dios es uno, y condenar a uno es condenar a todos. Si el

Hijo que deseamos salvar es nuestro ser, entonces todo debe incluirse en ese

ser para que la salvación se produzca. El especialismo de cualquier tipo es

una locura, ya que produce lo opuesto a su objetivo declarado: dolor en

lugar de alegría, condenación en lugar de amor.

(II.17:10-11) No te dejes engañar cuando la locura adopte una forma que a ti te parece hermosa. Lo que está empeñado en destruirte no es tu

amigo.

El amor especial nunca es amor porque busca destruir la unidad de la creación de Dios. Un Curso de Milagros enseña que nunca podemos encontrar la paz a expensas de otro; el amor no puede ser alcanzado robándolo. Al abordar el tema central de forma y contenido, Jesús nos insta

a mirar más allá de las palabras y el comportamiento a su propósito subyacente: perdón o ataque, curación o destrucción.

Antes de concluir esta sección, pasamos a "Salvación sin transigencias":

(III.1:1) ¿No es cierto acaso que no reconoces algunas de las formas en que el ataque se puede manifestar?

Ciertamente es verdad, porque creemos que el amor especial es maravilloso. Satisfacer las necesidades de otras personas y hacer que satisfagan las nuestras es un matrimonio hecho en el Cielo, y la

dependencia es la salvación siempre que traiga consigo lo que nosotros queremos. Como resultado, no vemos el odio de la separación disfrazado de amor, o no experimentamos el sufrimiento que se siente como alegría. (III.1:2) Si es cierto que el ataque en cualquiera de sus formas te hará daño, y que te hará tanto daño como lo harían cualquiera de las formas que sí reconoces, entonces se puede concluir que no siempre reconoces la fuente del dolor.

Más adelante leeremos: “De lo único que estabas seguro era de que entre las numerosas causas que percibías como responsables de tu dolor y sufrimiento, tu culpabilidad no era una de ellas” (T-27.VII.7:4). No sabemos que causa el dolor porque siempre miramos los síntomas del cuerpo (forma) y no la culpa de la mente (contenido). Esto significa que, dado que la elección del tomador de decisiones en favor de la culpabilidad es la causa del sufrimiento – los ataques contra los demás y contra nosotros mismos – volvemos a la fuente y elegimos el perdón que es lo único que deshará efectos dolorosos de la culpa.

(III.1:3-5) Cualquier forma de ataque es igualmente destructiva. Su propósito es siempre el mismo. Su única intención es asesinar, y ¿qué forma de asesinato puede encubrir la inmensa culpabilidad y el terrible temor a ser castigado que el asesino no puede por menos que sentir? Nuestra “inmensa culpabilidad y el terrible temor a ser castigado” es la base del sistema de pensamiento de mentalidad-errada del ego; lo cual buscamos ocultar y proyectar, emergiendo en cuerpos que atacan y asesinan. Enseñarnos a mirar más allá de la forma al contenido, del cuerpo a la mente, del efecto a la causa, es el objetivo de Jesús para nosotros en Un Curso de Milagros. Su visión es la salvación, provocada por la decisión de

hacer que los milagros reemplacen todos mis resentimientos (L-pl.78),
la
elección de ver más allá de las mentiras del mundo hacia la verdad
que
descansa dentro de la mente: su poder de elegir la Expiación en lugar
de la
culpa.

(III.1:6-9) Puede que niegue ser un asesino y que justifique su infamia
con sonrisas mientras las comete. Sin embargo, sufrirá y verá sus
intenciones en pesadillas en las que las sonrisas habrán desaparecido,
y

en las que su propósito sale al encuentro de su horrorizada conciencia
para seguir acosándolo. Pues nadie que piense en asesinar puede
escaparse de la culpabilidad que dicho pensa-miento conlleva. Si la
intención del ataque es la muerte, ¿qué importa que forma adopte?
El ego nos atrapa al final, de cualquier manera en que pueda. Por
mucho

que intentemos concebir el ataque como bondad, asesinato como
bendición

y odio como amor, la culpa de la mente sigue acechándonos desde
más allá

de los endeble velos de especialismo. Siempre que hagamos real el
sistema

de pensamiento de separación – manteniendo los pensamientos de
ataque,

por ejemplo – reforzamos nuestro sentido del pecado por el cual
pagamos

un alto precio, no porque Dios nos castigará, sino porque nuestro ego
lleno

de culpa lo hará. Además, cuanto más culpables nos sentimos, mayor
será la

necesidad de atacar a otros; cuanto más atacamos, más se refuerza
nuestra

culpa: el infame y destructivo ciclo de culpa-ataque que vigoriza al
mundo

y nos mantiene atrapados en él.

De ello se desprende, entonces, que nunca son los factores externos
los que

causan la guerra; es nuestra culpa interna y la necesidad de
proyectarla: yo

te hago esto, tú me haces eso; mi país ataca el tuyo, el tuyo ataca en defensa propia. Una y otra vez intercambiamos culpa y ataque, sin darnos cuenta de las proyecciones de la mente. Como el legendario avestruz que mete su cabeza asustada en la arena, no podemos abordar un problema que no reconocemos. También sigue siendo un hecho que la proyección nunca logrará eliminar la culpa, razón por la cual el círculo vicioso continúa sin fin, y las guerras junto con él.

(III.2:1-3) ¿Podría cualquier forma de muerte, por muy hermosa y caritativa que parezca, ser una bendición y un signo de que la Voz que habla por Dios le está hablando a tu hermano a través de ti? La envoltura no hace el regalo. Una caja vacía, por muy bella que sea y por mucha gentileza que se tenga al darla, sigue estando vacía. Otra visita a “Los dos cuadros” (T-17.IV). No importa cuán ornamentado esté un marco, si su imagen no es nada, el cuadro completo no vale nada: el regalo perenne del ego. Sin embargo, esta nada es el regalo que siempre damos. Quiero tu ego especial, el cual debe ser algo sin valor, aunque creo que es valioso, y a cambio te doy mi ego especial, que sé que no vale nada y espero que lo valores. Me visto para hacerlo atractivo, camuflando mi personalidad asesina con una que es amable, desmintiendo el deseo secreto de prepararte para la matanza. De esta manera busco extraer ese algo especial que le dé sentido a mi vida y me haga sentirme bien conmigo mismo.

Nos ofrecemos la muerte unos a otros porque nuestra propia existencia comenzó con el asesinato de Dios, y las ideas no abandonan su fuente. Como la muerte es el pensamiento central del ego, la existencia corporal es su fragmento sombrío – nuestro ADN, por así decirlo. Si vamos a tener lo que queremos, alguien debe ser sacrificado, el último sacrificio es la

muerte. De hecho, el cuerpo fue hecho para estar en un estado perpetuo de necesidad que sólo puede satisfacerse mediante la introyección de especialismo desde el exterior – oxígeno, nutrición, amor – que es el equivalente al canibalismo o al asesinato. A pesar de las formas civilizadas en que podemos cuidar nuestro bienestar físico y supervivencia psicológica, el amor especial nunca es amor. Al final, el asesinato sigue siendo un asesinato.

(III.2:4-6) Y tanto el que la recibe como el que la da no podrán seguir engañándose por mucho más tiempo. Niégale el perdón a tu hermano y lo estarás atacando. No le estarás dando nada y sólo recibirás de él lo que le diste.

El especialismo no funciona. Al final, nadie se deja engañar, porque cada uno de nosotros está haciendo lo mismo con el otro, y la conciencia inconsciente solo significa que la mente nos ha engañado temporalmente para que pensemos que somos amables, incluso cuando nuestra culpa oculta proclama lo contrario. La mayoría de las veces, eventualmente se hace evidente incluso para los que niegan que el amor especial no es lo que parece; el odio que aparece es difícil de ocultar.

(III.3:1-5) La salvación no transige en absoluto. Transigir es aceptar sólo una parte de lo que quieres: tomar solo un poco y renunciar al resto. La salvación no renuncia a nada. Se les concede a todos enteramente. Si permites que la idea de transigir invada tu pensamiento, se pierde la conciencia del propósito de la salvación porque no se reconoce.

Nos comprometemos amando un poco y odiando un poco, y pensamos que está bien hacerlo. Actuamos de una manera amorosa con el fin de conseguir lo que queremos, y esto es sólo para ocultar el odio. En nuestras mentes creemos que otros adquirieron lo que tienen robándonos (la cuarta y quinta

leyes del caos). En consecuencia, somos amables, pero simplemente para rescatar nuestra inocencia. A nivel colectivo, los países actúan con benevolencia hacia sus aliados y con odio hacia sus enemigos para que sus necesidades nacionales sean conocidas, intentando justificar el comportamiento imperialista por lo que parecen ser motivos altruistas. La salvación se ve comprometida por nuestro pensamiento de que está bien odiar a ciertas personas o grupos porque son malvados o heréticos, mientras que es igualmente bueno amar a quienes están de acuerdo con nosotros. El mundo Judeo-Cristiano aprueba esta locura al citar el comportamiento de Dios en la Biblia, reflejado en la tercera ley del caos donde Dios no puede estar equivocado. Todo lo que diga la Deidad debe ser verdad; sin embargo, esto es así porque el ego lo hizo a Él de esa manera, y así Él se convierte en nuestro modelo para amar un poco y odiar un poco. El Dios bíblico ama a algunos de Su creación, pero no a todos. Y cuando los que ama lo desobedecen, los odia también. Todo esto no es más que la proyección del comprometedor sistema de pensamiento de especialismo del ego. En verdad, la salvación es total. No es para algunas personas algunas veces, sino para todas las personas todo el tiempo. Para repetir, sabemos que seguimos al ego y no al Espíritu Santo cuando nuestro amor hace la diferenciación de que solo se salvarán quienes cumplan determinadas condiciones, mientras que otros serán condenados al infierno. (III.3:6-10) Dicho propósito se niega cuando la idea de transigir se ha aceptado, pues es la creencia de que la salvación es imposible. La idea de transigir mantiene que puedes atacar un poco, amar un poco, y ser consciente de la diferencia. De esta manera, pretende enseñar que un poco de lo mismo puede ser diferente, y, al mismo tiempo, permanecer intacto, cual uno solo. ¿Tiene sentido esto? ¿Es acaso comprensible? La salvación es total o no es salvación. Nuestros egos sostienen que

"podemos atacar un poco, amar un poco y ser conscientes de la diferencia",
creyendo que hay distinciones significativas entre el amor especial y el odio especial. Incluso pensamos que es sensato amar a los que odian a las personas que odiamos. A pesar de esta experiencia, como el amor es totalinclusividad, el especialismo no puede ser amoroso porque las leyes del caos reflejan separación y diferencias, y siempre excluyen.
(III.4:1-4) Este curso es fácil precisamente porque no transige en absoluto. Aun así, parece ser difícil para aquellos que todavía creen que es posible transigir. No se dan cuenta de que si lo fuese, la salvación sería un ataque. Es indudable que la creencia de que la salvación es imposible no puede propiciar la calmada y serena certidumbre de que ésta ha llegado.
Un Curso de Milagros es fácil de entender porque propone uno u otro – amor o amor especial – en el sentido de la mentalidad-correcta. No obstante, sigue siendo difícil de practicar debido a nuestra necesidad de excluir. Si el amor es universal y permitimos que fluya por nuestras mentes, ya no seremos un yo especial, lo cual es nuestro mayor temor. Mantenemos nuestra identidad separada a través de la diferenciación y ataque, el origen de nuestra existencia, y ante esta exclusión debemos caer en los brazos de nuestro amigo especial, el ego. Si, por otro lado, abrazamos a todas las personas en nuestro perdón, incluidos aquellos que pensamos que amamos u odiamos, perderíamos nuestra individualidad. Para contrarrestar esta amenaza de total-inclusividad, el ego insiste en que la salvación es especial, y por ilusoria que sea, todavía persistimos en creer esa mentira. Volvemos ahora a la parte final de “Las leyes del caos” y su tema de forma y contenido.
(II.18:1-3) Sostienes – y piensas que es verdad – que no crees en estas

leyes insensatas ni que tus acciones están basadas en ellas. Pues cuando examinas de cerca lo que postulan, ves que no se puede creer en ellas. Hermano, crees en ellas. Esa última frase es un golpe directo a nuestros egos: "Hermano, crees en ellas". Jesús lo dice porque realmente creemos que nosotros, como cuerpos, estamos leyendo estas palabras, y mientras pensamos que estamos aquí, por fuerza aceptamos como verdaderas las cinco leyes, ya que están conectadas lógicamente, desde la separación hasta el especialismo. Sin embargo, cuando miramos calmadamente con Jesús, no tiene sentido vivir en esta locura. Lamentablemente, vemos lo rápido que elegimos alejarnos de la cordura, protegiendo a nuestros seres separados y especiales al abrazar los pensamientos de miedo, escasez y ataque.

(II.18:4-7) Pues de no ser así, ¿cómo podrías percibir la forma que adoptan, con semejante contenido? ¿Podría acaso ser sostenible cualquiera de las formas que adoptan? Sin embargo, crees en ellas debido a la forma que adoptan, y no adviertes el contenido. Éste nunca cambia.

Percibimos la forma que toman estas leyes porque queremos creer en ellas. Nuestra propia identidad, su inicio y protección permanente, descansa sobre ellas. Este yo individual comenzó con la separación y las diferencias, y se conserva por el odio y el ataque, en el que tomamos de los demás lo que creemos que es nuestro, supliendo así nuestra necesidad especial. Como hemos visto, la ley de la escasez conduce inevitablemente a la ley de la privación; al proyectar la responsabilidad por nuestro sentido de carencia,

afirmamos que otros nos han privado de nuestra inocencia. Esta percepción errónea es el contenido que se esconde detrás de las formas de toda creencia en la ira. El milagro enseña, por otro lado, que si nos privamos de algo, nosotros somos los únicos responsables, un error que fácilmente revertimos mirando nuestra decisión por la mentalidad-errada y eligiendo de nuevo.

(II.18:8-9) ¿Puedes acaso darle vida a un esqueleto pintando sus labios de color rosado, vistiéndolo de punta en blanco, acariciándolo y mimándolo? ¿Y puede acaso satisfacerte la ilusión de que estás vivo? Esto no se refiere solo al lápiz labial y al maquillaje. Se refiere a todo lo que hacemos para hacer nuestros cuerpos atractivos, que estén limpios y aptos para relacionarse con otros cuerpos. Intentamos darle vida, creyendo que hemos tenido éxito. Este importante tema aparece a lo largo de Un Curso de Milagros, pero Jesús no quiere decir que debemos negar nuestros cuerpos.

Recordemos su declaración anterior de que negar nuestra experiencia en el mundo es una forma de negación particularmente inútil (T-2.IV.3:10-11).

Nuestro maestro está abogando por que, de hecho, prestemos atención al cuerpo, para ver su propósito de albergar la idea de la separación y responsabilizar a otros por ella y su lúgubre destino. El cuerpo no es pecaminoso ni santo en sí mismo. Es neutral. El propósito al que sirve, separación o Expiación, es lo único que le proporciona su valor. A pesar de su nada inherente, queremos que el cuerpo esté vivo, y si es atractivo o repulsivo es irrelevante. De cualquier manera, si creemos que ha sido fabricado para vivir, esto significa que el pensamiento que lo fabricó

es real. Al demostrar que la idea de la separación que dio origen al cuerpo es verdad, hemos logrado hacer lo imposible: Dios ha muerto, y nuestro yo egoico permanece desafiante sobre Su cadáver, proclamando no solo estar vivo sino ser el Creador Mismo. Jesús nos pide que veamos esta locura que se esconde detrás de cada expresión de especialismo. (II.19:1-2) Fuera del Cielo no hay vida. La vida se encuentra allí donde Dios la creó. Creemos que el cuerpo está vivo, lo que significa que hay vida en el mundo, aunque el Cielo es el hogar de la vida. Aún más loco, creemos que hay una diferencia entre animado e inanimado, sensible y no sensible, y que sabemos cuál es. Sin embargo, todo eso, tanto lo "vivo" como lo "no vivo", carece de vida; aunque no está muerto, lo cual implicaría que alguna vez vivió. Jesús nos está enseñando que nada aquí muere porque nunca nació: las ilusiones no tienen vida, son irreales por definición. (II.19:3-5) En cualquier otro estado que no sea el Cielo la vida no es más que una ilusión. En el mejor de los casos parece vida, en el peor, muerte. Ambos son, no obstante, juicios acerca de lo que no es la vida, idénticos en su inexactitud y falta de significado. "En el mejor de los casos, parece vida" (cuando estamos respirando); "en el peor, muerte" (cuando cesa la respiración). La verdad es que todos los aspectos de la existencia del cuerpo son ilusorios – odio especial y amor especial, victimario y víctima: lados opuestos de la misma moneda ilusoria de separación. La verdadera vida y el amor no tienen ningún opuesto porque Dios no tiene opuesto, y Él es vida y amor. El mundo de los opuestos es el mundo de las ilusiones, el cual surgió de la creencia de que la unidad fue sacrificada por una fuerza de oposición. Sin embargo, ¿cómo es

posible que el mundo de los sueños, de la mente y el cuerpo del ego, sean

algo más que pérdida, odio y muerte? Dado que el cuerpo (o cualquier forma) nunca puede ser vida, la muerte no puede ser del cuerpo.

Siendo

solo un pensamiento, la muerte es sólo de la mente. En el sistema dualista

del ego, la muerte se opone a la vida, como el ego se opone a Dios.

Esto

significa que hay vida y muerte, una dualidad loca que se originó en la diminuta y alocada idea: yo vivo porque maté a Dios.

(II.19:6-8) Fuera del Cielo la vida es imposible, y lo que no se encuentra en el Cielo no se encuentra en ninguna parte. Fuera del Cielo lo único que hay es un conflicto de ilusiones, de todo punto insensato, imposible

y más allá de la razón, aunque se percibe como un eterno impedimento

para llegar al Cielo. Las ilusiones no son sino formas.

La primera línea es muy problemática para nosotros como egos, porque

claramente significa que no existimos. "Lo que no se encuentra en el Cielo

no se encuentra en ninguna parte", lo que significa en ningún lugar.

Nuestra

pregunta para nosotros mismos debería ser entonces: "¿Quiénes creemos

que somos, los que estamos leyendo y pensando en estas palabras?"

Solo

podrían ser cuerpos que creen que son reales. Aunque Jesús no quiere engendrar ansiedad, quiere que reflexionemos sobre sus palabras y declaraciones como estas, ya que nos ayudan a romper la identificación de

nuestra mente con el ego. Es crucial que miremos este vínculo, de lo contrario no podemos disolver la barrera de las ilusiones – forma y contenido – que impide nuestro despertar del sueño de la separación y poder regresar a casa.

(II.20:1-4) Las leyes del caos gobiernan todas las ilusiones. Las formas que éstas adoptan entran en conflicto, haciendo que parezca posible concederles más valor a unas que a otras. Sin embargo, cada una de ellas se basa, al igual que todas las demás, en la creencia de que las

leyes del caos son las leyes del orden. Cada una de ellas apoya dichas leyes completamente, y ofrece un testimonio inequívoco de que son verdad.

Ya hemos discutido cómo estas cinco leyes del caos son la base del sistema

de pensamiento de separación, pecado y ataque del ego. Aunque los conflictos son inevitables en el mundo ilusorio de la forma, su contenido

subyacente de especialismo sigue siendo uno. Todos nuestros pensamientos

y percepciones erróneas son sombras del único pensamiento de que la verdad es falsa y que lo falso es verdad. Cada ilusión comienza y termina

con este pensamiento, y toda ilusión puede terminar volviendo a su comienzo en la mente y eligiendo en su contra.

(II.20:5-7) Las formas de ataque que en apariencia son más benévolas no son menos inequívocas en su testimonio o en sus resultados. Es indudable que el miedo que engendran las ilusiones se debe a las creencias que las originan y no a su forma. Y la falta de fe en el amor, sea cual sea la forma en que se manifieste, da testimonio de que el caos

es la realidad.

Todo especialismo es odio, por benignas que sean sus formas, ya que toda

relación tiene su origen en nuestra relación de odio especial con Dios.

Cuando retiramos la fe en el amor, sustituyéndolo con el amor especial del

ego, todas las relaciones se infectan con el sistema de pensamiento de la

falta de fe: pecado, culpa y miedo. El caos, entonces, reina en lugar de la

verdad, y el ataque se convierte en la ley de la tierra del ego.

(II.21) La fe en el caos es la consecuencia inevitable de la creencia en el

pecado. El que sea una consecuencia es lo que hace que parezca ser una

conclusión lógica, un paso válido en el pensamiento ordenado. Los pasos que conducen al caos proceden de manera ordenada desde su punto de partida. Cada uno de ellos se manifiesta en forma diferente en

el proceso de invertir la verdad, y conduce aún más profundamente al terror y más allá de la verdad. No pienses que un paso es más corto que otro ni que el retorno desde uno de ellos es más fácil que desde otro. En cada uno de ellos reside el descenso desde el Cielo en su totalidad. Y allí donde tu pensamiento empieza, allí mismo tiene que terminar. Hemos visto esta imagen de la escalera antes, implícita aquí, y volveremos a verla cuando Jesús nos diga que el Espíritu Santo nos lleva por la escalera que la separación nos hizo descender (T-28.III.1:2). Quiere que veamos que el sistema de pensamiento del ego tiene orden, aunque es demente. Una vez que aceptamos la premisa de que la verdad es diferente entre personas y culturas – es decir, que la separación es real – el juicio y el ataque siguen lógicamente a medida que descendemos por la escalera del miedo hasta llegar al fondo infernal que es la existencia mundana. Este ordenado flujo se muestra en el gráfico, el cual refleja las cinco leyes del caos que se originan en la mente y culminan en el mundo. En algún momento, sin embargo, decimos "Tiene que haber otra manera" y comenzamos nuestro viaje de regreso desde el cuerpo a la mente tomadora de decisiones: "Y allí donde tu pensamiento empieza, allí mismo tiene que terminar". (II.22:1-5) Hermano, no des ni un solo paso en el descenso hacia el infierno. Pues una vez que hayas dado el primero, no podrás reconocer el resto como lo que son. Y cada uno de ellos seguirá al primero. Cualquier forma de ataque te planta en la tortuosa escalera que te aleja del Cielo. Sin embargo, en cualquier instante todo esto se puede deshacer.

En respuesta a nuestro reconocimiento de que debe haber algo más en la vida que el ataque, Jesús nos enseña a cambiar nuestras percepciones para comprender que el mundo que vemos es la imagen externa de lo que creemos que es real en la mente (T-21.in.1:5). Este es el significado del perdón, el tema de la siguiente sección. La manera de salir del infierno del

ego es elevarnos por encima del campo de batalla que es el mundo.

Ver más

allá de los conflictos que percibimos en el cuerpo hacia nuestra mente, invierte la proyección del sistema de pensamiento de separación y ataque

del ego. Al darnos cuenta del propósito que tienen los mundos externo e

interno de la culpa y el odio, aprendemos que nuestras percepciones de las

relaciones no han tenido sentido y son la causa de toda nuestra infelicidad y

angustia. Felizmente ahora subimos por la escalera hacia la mente tomadora

de decisiones, guiados en el instante santo por la suave mano del perdón de

Jesús.

Por encima del campo de batalla: el

perdón y la relación santa.

(IV.5:1-7) Elévate, y desde un lugar más alto, contéplalo [al campo de batalla]. Desde ahí tu perspectiva será muy diferente. Aquí, en el medio

de él, ciertamente parece real. Aquí has elegido ser parte de él. Aquí tu elección es asesinar. Mas desde lo alto eliges los milagros en vez del asesinato. Y la perspectiva que procede de esta elección te muestra que

la batalla no es real y que es fácil escaparse de ella.

Esta es la razón por la que Jesús no resuelve problemas en el mundo de la

forma, lo cual sería una locura ya que no hay un mundo de la forma.

Nos

ayuda a ver que el propósito de la mente errada de percibir problemas en el

mundo es para distraernos del verdadero problema de la culpa. Visto a través de la visión, el campo de batalla de la relación especial se convierte

en el medio de volver al campo de batalla de la mente para que podamos

elegir otra vez. Esto nos ayuda a comprender por qué nada funciona aquí.

Por ejemplo, la batalla contra la enfermedad nunca se ganará porque se

combate en el cuerpo, y siempre habrá un microorganismo mutante más

inteligente que el último antibiótico o suero. Del mismo modo, las guerras

libradas entre naciones no tienen fin porque nunca se pelean por las razones

alegadas, sino que siempre se tratan de la cuarta y quinta leyes del caos: tú

tienes lo mío y yo lo tomaré; tú, por supuesto, me harás lo mismo.

Como

los problemas existen solo en la mente (las ideas no abandonan su fuente),

nada se puede resolver en el campo de batalla donde tú posees aquello de lo

que te apropias. Es solo en el ser tomador de decisiones que el problema

coexiste con la solución: la elección entre el asesinato y los milagros.

(IV.5:8-11) Los cuerpos pueden batallar, pero el choque entre formas no

significa nada. Y éste cesa cuando te das cuenta de que nunca tuvo comienzo. ¿Cómo ibas a poder percibir una batalla como inexistente si participas en ella? ¿Cómo ibas a poder reconocer la verdad de los milagros si el asesinato es tu elección?

El enfrentamiento de cuerpos solo se puede deshacer en su origen: la decisión de la mente por las ilusiones en lugar de la verdad. Elegir el milagro del Espíritu Santo nos revela el simple hecho de la Expiación que el

ego nunca quiso que veamos: la separación nunca sucedió, y todo lo que

provino de ella tampoco sucedió. La nada de la ilusión es la verdadera

solución a los problemas, independientemente de su forma. Mientras no podemos saber esto desde dentro del campo de batalla, la respuesta se ve claramente cuando nos paramos por encima del mundo de conflicto con Jesús, reconociendo su inexistencia fundamental.

(IV.6:1-5) Cuando la tentación de atacar se presente para nublar tu mente y volverla asesina, recuerda que puedes ver la batalla desde más arriba. Incluso cuando se presenta en formas que no reconoces, conoces las señales: una punzada de dolor, un ápice de culpabilidad, pero sobre todo, la pérdida de la paz. Conoces esto muy bien. Cuando se presenten, no abandones tu lugar en lo alto, sino elige inmediatamente un milagro en vez del asesinato.

Es posible que no entendamos todo lo que Jesús ha estado diciendo – por ejemplo, cómo las formas del mundo son expresiones de asesinato – pero podemos reconocer los efectos de nuestras malas decisiones. Dolor, culpa y pérdida de paz, todas nos dicen que hay un problema dentro de nosotros mismos, no en el mundo. Cuando nuestras mentes eligen el asesinato, proyectamos el problema en algo externo, al cual nos sentimos justificados

en destruir, ya sea un país, grupo religioso, miembro de la familia o microorganismo. Sin embargo, cuando nos decidimos por el milagro, reconocemos que el asesino está en nosotros. La elección equivocada de la

mente es el problema, y estamos aprendiendo que, si bien podemos creer

que somos asesinos, en verdad no somos tal cosa; nuestros sueños, por más

reales que sean en el sentimiento, no tienen efecto sobre la realidad.

Elegir

el milagro y regresar al lugar de la mente “en lo alto” deshace la estrategia

del ego de hacer que el cuerpo dirija nuestra atención hacia afuera,
lejos del
interior de la mente.

Antes de continuar con la sección, ten en cuenta este anterior pasaje
paralelo en este capítulo:

(II.22:6-13) ¿Cómo puedes saber si has elegido las escaleras que llevan
al Cielo o el camino que conduce al infierno? Muy fácilmente. ¿Cómo
te sientes? ¿Estás en paz? ¿Tienes certeza con respecto a tu camino?
¿Estás seguro de que el Cielo se puede alcanzar? Si la respuesta es no,
es que caminas solo. Pídele entonces a tu Amigo que se una a ti y te
dé

certeza con respecto al camino a seguir.

Es nuestra experiencia del dolor, que es la ausencia de paz, la que nos
refleja la decisión de la mente por el ego. Este dolor es nuestra
motivación

para elegir la paz de nuestro Maestro en lugar de la miseria del ego.

Con Él

caminamos con todos nuestros hermanos; sin Él caminamos solos.

Cuando

subimos la escalera hacia el Cielo, esto es lo que podemos esperar:

(IV.6:6-7) Y Dios Mismo, así como todas las luces del Cielo, se
inclinarán tiernamente ante ti para apoyarte. Pues habrás elegido
permanecer donde Él quiere que estés, y no hay ilusión que pueda
atacar la paz de Dios cuando Él está junto a Su Hijo.

Habiendo elegido un milagro en lugar del asesinato, rechazamos el
sistema

de pensamiento de ataque y dolor del ego, reconociendo que las
ilusiones

no tienen ningún efecto sobre el Hijo que Dios creó uno con Él. Esto
limpia

el camino para que el amor del Cielo nos sostenga en nuestro viaje
mientras

el perdón acelera nuestro regreso a la Fuente que nunca
abandonamos.

(IV.7) No contemples a nadie desde dentro del campo de batalla, pues
lo

estarías viendo desde un lugar que no existe. No tienes un punto de
referencia desde el que observar y desde el que lo que ves pueda
tener

significado. Pues sólo los cuerpos pueden atacar y asesinar, y si éste es

tu propósito, eso quiere decir que eres un cuerpo. Sólo los propósitos unifican, y aquellos que comparten un mismo propósito son de un mismo pensar. El cuerpo de por sí no tiene propósito alguno, y no puede sino ser algo solitario. Desde abajo, no puede ser trascendido. Desde arriba, las limitaciones que le impone a aquellos que todavía batallan desaparecen y se hace imposible percibirlas. El cuerpo se interpone entre el Padre y el Cielo que Él creó para Su Hijo precisamente porque no tiene ningún propósito.

No podemos entender a una persona o situación desde el punto de vista del

mundo porque el campo de batalla de los cuerpos no tiene un punto de vista. El propósito del mundo es hacernos pensar que tiene uno, distrayéndonos del verdadero punto de referencia de la visión. La culpa es

la fuerza impulsora detrás de esta distracción, por eso la elegimos al principio y continuamos eligiéndola. A pesar de nuestra decisión en marcha, la culpa y su mundo no tienen ningún poder para destruir nuestra

función de creación en el Cielo, reflejada en el milagro del perdón.

Cuando

comenzamos el sueño del olvido, el perdón se convirtió en el medio para

despertar a nuestro último propósito, que el ego puede ocultar, pero no

deshacer. El ego tiene éxito en este esfuerzo al establecer la culpa como

real, y luego induciendo un miedo tal, que proyectamos la culpa en el cuerpo, el cual no tiene un propósito en sí mismo. Este doble escudo, culpa

y cuerpo, esconde la verdad que establece el poderoso propósito del Espíritu Santo en la tierra, el cual nos regresa al Cielo. Para

contrarrestar el

perdón, el ego lo sustituye con su propósito de hacer que la separación sea

real y culpar a otros por ella, una meta lograda en sus sueños corporales de

especialismo. Sin embargo, como la separación nunca sucedió, el sueño es

intrínsecamente insignificante.

La salida del sueño se expresa en esta frase: "Sólo los propósitos unifican, y aquellos que comparten un mismo propósito son de un mismo pensar".

En

el campo de batalla tenemos diferentes propósitos en la forma – yo quiero

triunfar sobre ti, y viceversa – pero cuando nos elevamos por encima de él y

miramos hacia atrás a la locura del ego, nos damos cuenta de que tenemos

el mismo propósito de asesinar. Esto establece la necesidad de que compartamos nuestro propósito de mentalidad-correcta de despertar del

sueño de la muerte que nos une en la tierra y nos devuelve a nuestra función

en el Cielo. Nunca conoceremos esta unidad mientras afirmemos la separación y la diferenciación, la fuente en la mente de todos nuestros pensamientos asesinos de los cuerpos.

Pasamos ahora a los pasajes que hablan del perdón y la relación santa. Entendiendo que nosotros compartimos un propósito, el cual visto por encima del campo de batalla, cambia las relaciones de especiales a santas.

En una relación especial no compartimos nada: quiero quitarte, pagando lo

menos posible por tanto como pueda conseguir; tu propósito, por supuesto,

es el mismo. Y entonces ambos buscamos tener nuestra inocencia a costa de

otros, negociando nuestra culpa en el trato y, en efecto, robando lo que

creemos que es nuestro desde el principio. El perdón corrige gentilmente tal

locura.

(II.3:3-6) Si uno pudiese darse cuenta de que todas ellas son la misma ilusión y de que todas son igualmente falsas, sería fácil entender entonces por qué razón los milagros se aplican a todas ellas por igual. Cualquier clase de error puede ser corregido precisamente porque no es cierto. Cuando se lleva ante la verdad en vez de ante otro error, simplemente desaparece. Ninguna parte de lo que no es nada puede ser

más resistente a la verdad que otra.

Por encima del campo de batalla, nuestras mentes correctas miran la locura

que es el ego, entendiendo que estamos todos locos – victimarios y víctimas, abusadores y abusados. Como tenemos la misma enfermedad de

la culpa, compartimos el propósito común del perdón que nos despierta del

sueño. Nos hacemos conscientes de este punto en común a medida que

nuestras mentes cambian de nuestras relaciones de especiales a santas. La

verdad se ha convertido en nuestro objetivo y a través de la visión de Cristo

vemos que todas las ilusiones son una. Esto les permite ser corregidas por el

milagro que permite que lo que nunca fue desaparezca.

(III.4:5-6) El perdón no se puede negar sólo un poco. Tampoco es posible atacar por una razón y odiar por otra, y entender lo que es el perdón.

Regresamos a la idea de la demanda de compromiso del ego. Bajo su influencia perdonamos a algunas personas a veces, amamos a una parte de

la Filiación mientras odiamos otras partes. Sin embargo, el perdón, como el

reflejo del amor, debe ser total. Como sugiere el libro de ejercicios, debemos buscar continuamente en nuestras mentes para ver lo poco que

realmente queremos perdonar – un poco, tal vez, pero no del todo.

Nuestras

mentes divididas todavía desean ver que nos traten injustamente porque

queremos que la culpa recaiga en los victimarios pecadores, depositarios de

nuestro pecado, mientras estamos bajo la ilusión de que la proyección nos

hace libres.

(III.4:7-5:3) ¿No te gustaría poder reconocer lo que constituye un asalto a tu paz, si sólo de esa manera resulta imposible que la pierdas

de vista? Si no la defiendes, puedes mantenerla brillando ante tu visión,
eternamente diáfana y sin jamás perderla de vista.
Los que creen que es posible defender la paz y que está justificado atacar en su nombre, no pueden percibir que la paz se encuentra dentro de ellos. ¿Cómo iban a saberlo? ¿Cómo iban a poder aceptar el perdón y al mismo tiempo seguir albergando la creencia de que algunas formas de asesinato mantienen la paz a salvo?
Es fácil extrapolar esto al mundo, actualmente y a lo largo de la historia.
Los egos siempre han creído que la paz se puede defender atacando a un enemigo, y que tiene sentido matar para que pueda ser preservada.
Cuando miramos esta locura desde la perspectiva de Un Curso de Milagros, nos damos cuenta cuán claramente cae esto en el sistema de pensamiento del ego de uno u otro: alguien debe ser sacrificado para otros puedan salvarse.
Individuos y grupos han actuado así desde los albores de la historia porque es así cómo comenzó el mundo: ganamos nuestra paz a expensas de Dios, y la defendimos y preservamos destruyendo, primero a nuestra Fuente y luego a nuestros enemigos mundanos. Los odiamos a todos porque proyectamos sobre ellos nuestras auto-acusaciones de haber robado el amor y la inocencia, lo que justifica el arrebatársela a aquellos que creemos que nos la quitaron. Todas las racionalizaciones para la conquista y la guerra se basan en la crueldad del loco principio de intereses separados: mi país, puede estar en lo correcto o estar equivocado; pero como es mi país, siempre tiene la razón. Con esto como la meta perenne del ego, la verdadera paz, y mucho

menos el perdón, es imposible. En palabras que, resumiendo sucintamente

la política del ego, el historiador estadounidense Charles Beard escribió sobre la política exterior de su país: una guerra perpetua para una paz perpetua.

(III.5:4-6) ¿Cómo iban a estar dispuestos a aceptar el hecho de que su brutal propósito va dirigido contra ellos mismos? Nadie se une a su enemigo ni comparte su propósito. Y nadie transige con un enemigo sin

seguir odiándolo por razón de lo que éste le privó.

La cuarta ley del caos explica que nunca debemos perdonar a nuestros enemigos por tener lo que nos pertenece a nosotros. Los locos consideran

injusto cualquier tipo de transigencia, pensando que se merecen todo lo que

pueden tomar del mundo. Mientras creamos en esta locura, nunca estaremos

abiertos a la verdad de que nuestros ataques se dirigen solo a nuestras mentes, para asegurar que éstas nunca ejerzan su poder para tomar decisiones y elegir de nuevo – intereses compartidos en lugar de intereses

separados, bondad en lugar de salvajismo, amor en lugar de odio.

(III.6:1-4) No confundas una tregua con la paz ni la transigencia con el escape del conflicto. Haber sido liberado del conflicto significa que éste ha cesado. La puerta está abierta; te has retirado del campo de batalla.

No te has quedado allí con la esperanza cobarde de que el conflicto no se reanude sólo porque los cañones se han acallado por el momento y el

miedo que asola el hogar de la muerte no es evidente.

Jesús nos habla desde otro nivel donde sabe que la guerra contra nosotros

mismos ha terminado porque nunca sucedió. Ya hemos despertado de la

pesadilla y nos pide que aceptemos la Expiación que ya hemos aceptado y

no nos conformemos con breves momentos de paz ilusoria – tregua y transigencia – del constante estruendo del campo de batalla.

(III.6:5-7) En un campo de batalla no hay seguridad. Lo puedes contemplar a salvo desde lo alto sin que te afecte. Pero dentro de él no

puedes encontrar ninguna seguridad.
Aunque nuestra experiencia es que somos cuerpos que viven en el mundo,
todavía podemos aprender a desapegarnos nosotros mismos de ellos, no
psíquicamente, sino yendo con Jesús por encima del campo de batalla donde nuestras mentes miran el cuerpo en acción. Con él como nuestro
maestro, nos damos cuenta de que el mundo es un sueño que no tiene nada
que ver con nosotros como soñadores, sino únicamente con la parte de nosotros que cree que es una figura de ensueño. Este reconocimiento requiere mucha disciplina y práctica, especialmente cuando nos sentimos
atacados o atraídos por nuestros socios de odio y amor especial. El viaje se
acelera cuando recordamos que dentro del campo de batalla no hay seguridad. Solo unirnos al maestro de seguridad nos mantiene a salvo, incluso en medio de las pesadillas de peligro, sufrimiento y muerte del ego.

(III.6:8-12) Ni uno solo de los árboles que aún quedan en pie puede ofrecerte cobijo. Ni una sola fantasía de protección puede servir de escudo contra la fe en el asesinato. He aquí el cuerpo, vacilando entre el

deseo natural de comunicarse y la intención antinatural de asesinar y de morir. ¿Crees que puede haber alguna forma de asesinato que ofrezca seguridad? ¿Podría acaso la culpabilidad estar ausente de un campo de batalla?

Esto explica por qué nada cambia en el mundo. Las palabras de Jesús reflejan el ciclo de culpa-ataque que constituye la vida en el campo de batalla, regida por el principio de uno u otro (mata o te matarán). La culpa

aquí es inevitable porque es la causa a la que sigue el ataque: la culpa proyectada significa ataque, que refuerza la culpa por haber atacado injustamente. La salida de este círculo vicioso que culmina en la muerte es

no atacar más, ni aunque sea para proteger el cuerpo, porque ¿cómo puede

uno estar seguro en un mundo tan iracundo? Como las ideas no abandonan

su fuente, el peligro nunca puede ser externo, ya que reside solo en la decisión de la mente por la culpa. Si no corregimos nuestra elección equivocada, la culpa se manifestará continuamente como un ataque, lo que

nos llevará a la percepción de que existen problemas en el campo de batalla.

Aun así, a pesar de los propósitos antinaturales del ego, el cuerpo se puede

usar felizmente para comunicar el mensaje de la libertad de la culpa y del

perdón del Espíritu Santo. Aquí radica nuestra verdadera seguridad.

(IV.1:1-2) No sigas estando en conflicto, pues sin ataque no puede haber

guerra. Tenerle miedo a Dios es tenerle miedo a la vida, no a la muerte.

Tenemos miedo a la vida porque “fuera del Cielo no hay vida”

(T23.II.19:1), nuestro hogar donde no existimos como los individuos que

imaginamos que somos. Para proteger este yo ilusorio atacamos, primero a

nosotros mismos y luego a otros, reforzando la idea loca de que el Hijo de

Dios está separado y es pecador, sin esperanza de salvación del mundo de

conflicto y muerte.

(IV.1:3-6) Sin embargo, Dios sigue siendo el único refugio. En Él no hay ataques, ni el Cielo se ve acechado por ninguna clase de ilusión. El Cielo es completamente real. En él las diferencias no tienen cabida, y lo

que es lo mismo no puede estar en conflicto.

Dios no es el enemigo, una declaración que deshace la segunda y tercera

leyes del caos. También deshace a las religiones dualistas porque el concepto de uno u otro es inconcebible en un estado de unidad. El conflicto

ocurre solo cuando vemos diferencias. Siendo uno con Dios, nuestra Fuente

indivisible, estamos siempre a salvo en Su perfecto Amor.

(IV.1:7-8) No se te pide que luches contra tu deseo de asesinar. Pero se te pide que te des cuenta de que las formas que dicho deseo adopta

encubren la intención del mismo.

Jesús habló antes de la importancia de la intención, diciéndonos que nuestra

pregunta no debería ser: “¿Cómo puedo ver mi hermano sin su cuerpo?”

sino, “¿Deseo realmente verlo como alguien incapaz de pecar?””

(T20.VII.9:1-2). De manera similar, nos dijo que “la condición necesaria para

que el instante santo tenga lugar no requiere que no abrigues pensamientos

impuros. Pero sí requiere que no abrigues ninguno que desees conservar”

(T-15.IV.9:1-2).

Nuestro hermano mayor no nos insta a luchar contra nuestro deseo de asesinar, sino solo a mirarlo. La distinción es crucial. No necesitamos convencernos de que no somos asesinos, ni buscar reprimir nuestros pensamientos asesinos. Aunque probablemente sea una buena idea no tener

armas en la mano cuando vayamos a través de este proceso, necesitamos

ver más allá de las formas benévolas de nuestro odio a la intención asesina

que preserva el ego. Mirar este odio sin juzgar, por lo tanto, es la esencia

del perdón, la eliminación de la culpa y los medios seguros de la salvación.

(IV.1:9-12) Y eso es lo que te asusta, no la forma que adopta. Lo que no es amor es asesinato. Lo que no es amoroso no puede sino ser un ataque. Toda ilusión es un asalto contra la verdad y cada una de ellas es

una agresión contra la idea del amor porque éste parece ser tan verdadero como ellas.

Siempre son nuestros pensamientos, el contenido de la mente detrás de la

forma conductual, los que inducen a la culpa. Negarnos el amor en cualquier forma nos recuerda nuestra original negación de Dios. Como la

culpa es ineludible, son sus proyecciones especiales las que parecen darnos

miedo. "Lo que no es amor es asesinato" es una de las líneas más

devastadoras del Curso porque significa no solo que el amor no es posible

aquí, sino que el asesinato es la regla. Como el amor es total-inclusividad,

su opuesto – el asesinato – es inevitable en un mundo de cuerpos separados,

lo que significa que todas nuestras queridas relaciones especiales deben ser

iguales asaltos a la verdad, símbolos de la culpa que exige nuestra muerte.

(IV.2) Mas ¿qué puede ser igual a la verdad y sin embargo diferente? El asesinato y el amor son incompatibles. Si ambos fuesen ciertos, tendrían entonces que ser lo mismo e indistinguibles el uno del otro. Y así deben serlo para aquellos que ven al Hijo de Dios como un cuerpo. Pues no es el cuerpo lo que es como el Creador del Hijo. Y lo que carece

de vida no puede ser el Hijo de la Vida. ¿Puede acaso el cuerpo extenderse hasta abarcar a todo el universo? ¿Puede acaso crear y ser lo que crea? ¿Y puede ofrecerle a sus creaciones todo lo que él es sin jamás sufrir pérdida alguna?

Somos como Dios o diferentes a Él. Sin embargo, ser diferente es imposible

porque la realidad es indiferenciada. Por tanto, si Dios es Amor y Vida, nosotros también. No puede ser que la falta de vida del cuerpo sea del mismo orden de realidad que la vida eterna de Dios. Recuerda la distinción

anterior entre fabricar y crear: el ego y el cuerpo fabrican (o crean falsamente), mientras que Dios y el espíritu crean. Solo uno es verdad. Y

nosotros, el único Hijo de Dios, somos esa verdad.

(IV.3) Dios no comparte Su función con un cuerpo. Él le encomendó a Su Hijo la función de crear porque es la Suya Propia. Creer que la función del Hijo es asesinar no es un pecado, pero sí es una locura. Lo que es lo mismo no puede tener una función diferente. La creación es el

medio por el que Dios se extiende a Sí Mismo, y lo que es Suyo no puede sino ser de Su Hijo también. Pues, o bien el Padre y el Hijo son asesinos, o bien ninguno de los dos lo es. La vida no crea a la muerte, puesto que sólo puede crear a semejanza propia.

La palabra diferente no aparece en el vocabulario del Espíritu Santo, así que Dios y Su Hijo deben ser lo mismo. O somos asesinos (el punto de vista bíblico), o somos un Ser de Vida y Amor. No hay diferencias en el Cielo. Cuando hacemos esto real, decimos que Dios es un cuerpo diferenciado, lo que significa que Él piensa como nosotros y comparte nuestra locura. Todo esto es simplemente el intento del ego de proporcionar sustancia a su yo ilusorio atribuyéndole a Dios el mismo estado demente de separación, diferenciación y existencia material.

(IV.4:1-5) La hermosa luz de tu relación es como el Amor de Dios. Mas aún no puede asumir la sagrada función que Dios le encomendó a Su Hijo, puesto que todavía no has perdonado a tu hermano completamente, y, por ende, el perdón no se puede extender a toda la creación. Toda forma de asesinato y ataque que todavía te atraiga y que aún no hayas reconocido como lo que realmente es, limita la curación y los milagros que tienes el poder de extender a todo el mundo. Aun así, el Espíritu Santo sabe cómo multiplicar tus pequeñas ofrendas y hacerlas poderosas. Sabe también como elevar tu relación por encima del campo de batalla para que ya no se encuentre más en él. Claramente nuestro viaje no está completo; sin embargo, continuamos.

La relación santa comienza con la premisa de que compartimos los mismos intereses entre nosotros, lo que refleja la unidad del amor y nuestra santa función de creación. Siguiendo la guía de Jesús, damos los pequeños pasos del perdón que crecen en magnitud y número, mientras nos conduce silenciosamente a nuestras creaciones, que nunca han abandonado nuestro santo Ser. Inevitablemente, el ataque y el juicio se vuelven cada vez menos atractivos a medida que nosotros, con mayor consistencia, nos elevamos por

encima del campo de batalla, eligiendo los milagros de la paz en lugar de

los regalos de guerra del ego. Alegrementemente el Cielo canta su himno de gratitud cuando regresamos a casa, junto con todos los Hijos de Dios a quienes habíamos excluido hasta ahora, comenzando por nosotros mismos.

(IV.4:6-7) Esto es lo único que tienes que hacer: reconocer que cualquier forma de asesinato no es tu voluntad. Tu propósito ahora es pasar por alto el campo de batalla.

Esto expresa el significado de pedir ayuda a Jesús: mirar las situaciones de

manera diferente, lo que significa mirarlas por encima del campo de batalla

de la relación especial – como mentes, no como cuerpos. Nosotros así, nos

volvemos cada vez más conscientes de que podemos ver cómo el cuerpo

parece tramar, manipular y seducir a través del placer y el dolor.

Nuestro

propósito, entonces, es simplemente mirar esto con Jesús, sin juzgar, recordando reírnos de la tontería de haber creído alguna vez que el asesinato era preferible al amor, por no mencionar sus posibles logros reales.

(IV.8:1) Piensa en lo que se les concede a los que comparten el propósito

de su Padre sabiendo que es también el suyo.

Este capítulo comenzó con el concepto del propósito y también termina con

él. En medio estaban las leyes del caos, cuyo propósito, como hemos visto,

era distraernos de regresar a nuestro verdadero propósito de la creación.

Deshacer estas leyes locas se convierte en nuestro propósito dentro del

sueño, logrado a través de la función del perdón: aprender a elevarnos por

encima del campo de batalla y mirar al ego a través de los bondadosos ojos

de la visión.

(IV.8:2-5) No tienen necesidad de nada; cualquier clase de pesar es

inconcebible; de lo único que son conscientes es de la luz que aman y sólo el amor brilla sobre ellos para siempre. El amor es su pasado, su presente y su futuro: siempre el mismo, eternamente pleno y completamente compartido.

Sabemos que el pasado, el presente y el futuro del ego son las proyecciones

de la mente en forma de pecado, culpa y miedo. Para despertar del sueño,

aprendemos a compartir el propósito de Dios en la tierra perdonando nuestras relaciones. Nos damos cuenta de que el tiempo lineal ha desaparecido porque el sistema de pensamiento de división del ego ha desaparecido. Sin la creencia en la separación, el mundo espacio-temporal

se ve como la ilusión que es, y la gozosa luz hace brillar la oscuridad del

dolor de la mente.

(IV.8:6-9) Saben que es imposible que su felicidad pueda jamás sufrir cambio alguno. Tal vez pienses que en el campo de batalla todavía hay algo que puedes ganar. Sin embargo, ¿podría ser eso algo que te ofreciese una calma perfecta y una sensación de amor tan profunda y serena que ninguna sombra de duda pudiera jamás hacerte perder la certeza? ¿Y podría ser algo que durase eternamente?

Jesús nos pregunta, nuevamente, si hay algo en nuestro mundo que pueda

ofrecernos lo que nos da el suyo: una paz, una bondad y un amor que siempre están presentes, incapaces de ser atacados, y que nos llevan seguros

a casa. Un gozo tan dulce no se puede obtener mediante la defensa, el robo

o el asesinato. Se alcanza solo mediante la aceptación de la Expiación. Nuestro viaje a casa comienza con la comprensión de que todos estamos

igualmente locos; de lo contrario no estaríamos aquí. Aprendemos que el

juicio – basado siempre en las diferencias – es injustificado, porque contradice la semejanza de la mente dividida que es el Hijo de Dios en el

sueño. Con verdadera felicidad, caminamos con Jesús por el seguro camino

que nos devuelve al Amor que nunca abandonamos.

(IV.9:1-5) Los que son conscientes de la fortaleza de Dios jamás podrían pensar en batallas. ¿Qué sacarían con ello sino la pérdida de su perfección? Pues todo aquello por lo que se lucha en el campo de batalla tiene que ver con el cuerpo: con algo que éste parece ofrecer o poseer. Nadie que sepa que lo tiene todo podría buscarse limitaciones ni valorar las ofrendas del cuerpo. La insensatez de la conquista resulta evidente desde la serena esfera que se encuentra por encima del campo de batalla.

Luchar por la conquista tiene mucho sentido cuando estamos aquí, porque eso define cómo llegamos a la existencia y cómo sobrevivimos. Si bien la guerra es significativa en el campo de batalla del mundo que refleja la mente errada, por encima del campo de batalla se la ve por la locura que es.

Cuando nos identifícamos con la fortaleza de Cristo, que es Su Unidad, la debilidad inherente a la separación, el ataque y el cuerpo es algo imposible.

¿Cómo, entonces, podríamos dejar de amar al Hijo de Dios en todos los que nos encontramos, viéndolos a través de la visión que refleja la perfección del eterno amor del Cielo?

(IV.9:6) ¿Qué puede estar en conflicto con lo que es todo?

Estas palabras hacen eco de la respuesta del Espíritu Santo a la diminuta y alocada idea: "¿Por qué molestarse por una ilusión? Dado que la nada no puede estar en guerra con la Totalidad, no hay conflicto ni separación. Mas, la culpa es algo inexistente entonces, ¿por qué necesitamos un mundo para defendernos de un pensamiento que ni siquiera existe?" Nuestros egos, no quieren escuchar estas simples palabras de salvación, e intentan silenciar el

llamado de la Expiación y ahogar la Voz de la razón que sigue diciendo la

verdad: "Dios es, y no hay nada más. Su Hijo es parte del Todo, y ¿qué podría existir aparte de la Totalidad?"

(IV.9:7-8) ¿Y que hay que, ofreciendo menos, pudiese ser más deseable?

¿A quién que esté respaldado por el Amor de Dios podría resultarle difícil elegir entre los milagros y el asesinato?

Con esto finaliza el capítulo, una manera maravillosa de resumir las enseñanzas del Curso. Claramente nunca elegiríamos el asesinato en lugar

del milagro si supiéramos lo que estamos eligiendo, por eso el ego ha viciado muy hábilmente la capacidad de la mente para elegir la mentalidad correcta. El propósito constante de Jesús en Un Curso de Milagros es hacer

que aprendamos de él. Representando el amor de Dios, él es el maestro que

es la presencia amorosa en nuestra mente dentro del sueño de separación y

odio. Con su amor a nuestro lado, por encima del campo de batalla, miramos más allá de los bloques aparentemente sólidos del pecado y el

cuerpo, volviendo a la mente y a su único problema (la elección del asesinato) y a la única solución (la elección de los milagros).

La simplicidad de esta solución se vuelve difícil solo por nuestro miedo. La

resistencia es grande porque sabemos que elegir el milagro significa renunciar al asesinato. Esto induce al pánico porque nuestra existencia,

como hemos visto repetidamente, se basa en la creencia de que el asesinato

es real, se ha cumplido, y somos su efecto triunfante. Para proteger y preservar esta victoria sobre Dios, huimos continuamente de la mente para

que no nos asesinen a cambio. Sin embargo, cuando miramos a través de los

ojos de Jesús nuestros pensamientos asesinos en el campo de batalla, el cual

pensamos que es nuestro hogar, entendemos la absoluta locura del sistema

de pensamiento del ego. Reconocemos por fin que nuestra felicidad proviene simplemente de elevarnos por encima del campo de batalla de la culpa y el odio, la elección cuerda que hacemos con alegría y gratitud. ¡Que alegría es volver a casa, olvidando lo que nunca fue y recordando lo que siempre fue!

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.